

AMOR Y OTRAS TORPEZAS



NATALIA DIVÁN

AMOR Y OTRAS TORPEZAS

NATALIA DIVÁN

© 2025, Natalia Diván

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Contenido

Mi misión

Sinopsis

Capítulo 1: Mochilas y vergüenzas en el metro

Capítulo 2: Frappés y conexiones inesperadas

Capítulo 3: La llamada inesperada

Capítulo 4: Encuentro en Chueca

Capítulo 5: Enredos en la cafetería

Capítulo 6: La fiesta y las sorpresas inesperadas

Capítulo 7: Pensamientos entre café y literatura

Capítulo 8: Consejos de sofá y dudas nocturnas

Capítulo 9: Clara toma la iniciativa

Capítulo 10: Explorando nuevas dinámicas

Capítulo 11: Confesiones en el café

Capítulo 12: Una invitación inesperada

Capítulo 13: Las palabras que nunca dije

Capítulo 14: Una decisión inesperada

Capítulo 15: Charla de confesiones

Capítulo 16: La chispa inesperada

Capítulo 17: Caminos cruzados

Capítulo 18: El momento de decidir

Capítulo 19: Despedidas y comienzos

Capítulo 20: La llegada a Barcelona

Capítulo 21: Nuevas rutinas

Capítulo 22: Primeros retos

Capítulo 23: Momentos de luz

Capítulo 24: Un giro inesperado

Capítulo 25: La fuerza del equipo

Capítulo 26: Un nuevo comienzo

Agradecimiento

Mi misión

Ayudar a mis lectores y lectoras a abstraerse de los problemas mundanos del día a día y sumergirse en apasionantes historias que les harán soñar.

Sinopsis

Clara, estudiante de literatura y barista en una cafetería vegana, no esperaba que su rutinario viaje en metro la conectara con Marcos, un informático guapísimo con un toque de torpeza encantadora. Un intercambio accidental de mochilas da inicio a una serie de encuentros llenos de risas, malentendidos y una chispa que ninguno puede ignorar.

Entre cafés, conversaciones inesperadas y pasos fuera de su zona de confort, ambos descubrirán que el amor a veces llega envuelto en caos y que, con la persona adecuada, hasta los días más complicados pueden convertirse en momentos inolvidables.

"Amor y otras torpezas" es una comedia romántica llena de humor y ternura que celebra la magia de los encuentros accidentales y la belleza de construir algo especial a pesar de las imperfecciones.

Capítulo 1: Mochilas y vergüenzas en el metro

El metro de Madrid vibraba con su habitual caos de la mañana. Vagones abarrotados, auriculares que dejaban escapar música reguetón, y un aire que sabía a prisa. Clara, con su mochila colgada al hombro y su mirada perdida en los carteles publicitarios, intentaba no aplastarse contra la puerta mientras el tren se sacudía entre estaciones. Era su rutina diaria antes de llegar a trabajar en *La Vegana Feliz*, una pequeña cafetería en Malasaña donde servía capuchinos con espuma de avena y tostadas de aguacate.

A unos pasos de distancia, Marcos lidiaba con su propia batalla. Su portátil amenazaba con escaparse de su mochila negra mientras intentaba sostener un café en vaso térmico y una novela gráfica doblada por la mitad. Era el epítome del desastre funcional, pero sus bíceps perfectamente moldeados por años de gimnasio robaban las miradas de varias pasajeras, y algún que otro pasajero.

El tren llegó a Tribunal. La marea humana se movió al unísono, arrastrando a Clara y Marcos hacia la salida. Fue en ese empujón colectivo, entre codazos y "perdón", cuando ocurrió. Ambos soltaron sus mochilas para ajustarlas mejor y, sin darse cuenta, intercambiaron las suyas en el torbellino de cuerpos y prisas. Ninguno lo notó hasta que fue demasiado tarde.

Clara llegó a la cafetería, dejó la mochila sobre la barra y se dispuso a cambiarse el delantal. Era un día más. O eso pensaba, hasta que abrió la cremallera buscando su agenda. En lugar de eso, encontró un revoltijo de cables, un par de calcetines negros y una caja de cómics envueltos en plástico. Frunció el ceño. ¿Cómo había llegado todo eso ahí?

Marcos, por su parte, llegó a la oficina, dejó la mochila sobre su escritorio y fue a por un café. Minutos después, la abrió para sacar su portátil, solo para encontrarse con un paquete de pan de espelta, una agenda con citas subrayadas en colores y... algo que lo hizo parpadear dos veces. **Un consolador rosa vibrante, aún en su embalaje.**

La sorpresa fue mutua. Pero la vergüenza, al menos por ahora, era exclusiva de Clara.

Clara sostenía un cable USB en la mano, mirándolo como si hubiera encontrado una serpiente. —¿Qué demonios es esto? —masculló, dejándolo caer de vuelta dentro de la mochila.

—¡Clara! —La voz de Sofía, su compañera de trabajo, la hizo saltar. Sofía se había acercado con una sonrisa amplia y una bandeja de pastelitos veganos—. Tenemos clientes.

Clara cerró la mochila de golpe, decidiendo lidiar con el misterio más tarde. Pero mientras atendía a un par de turistas italianos, no podía dejar de preguntarse quién llevaba consigo semejante mezcla de objetos extraños.

Por otro lado, Marcos no tardó en convertirse en el centro de atención de la oficina. —¿Y esto? —preguntó su compañero Alex, sacando la agenda de la mochila con curiosidad. Marcos la

arrebató rápidamente.

—Es... un error. Esta no es mi mochila —aclaró, sintiéndose el rostro arder. Tratar de explicar el consolador habría sido una tortura innecesaria. Con un suspiro, decidió que lo mejor sería buscar alguna identificación dentro de la agenda.

Clara López. Había un nombre escrito con letra redonda y prolija en la primera página. Junto a ello, un número de teléfono.

—Esto va a ser interesante —murmuró, sacando su móvil para enviar un mensaje.

Mensaje recibido: 10:34 AM

«Hola, creo que tenemos un problema. O, más bien, un intercambio de mochilas. Me llamo Marcos. Podemos quedar para devolverlas. No te preocupes, no toqué nada raro. Bueno, casi nada.»

Clara leyó el mensaje tres veces antes de sentir que la tierra se abría bajo sus pies. Sabía perfectamente a qué se refería con “casi nada”. Y deseó, con todas sus fuerzas, que una grieta en el suelo se la tragara antes de enfrentar el encuentro con Marcos.

Con los dedos temblorosos, escribió una respuesta:

«Hola. Sí, parece que eso ha pasado. Pero no puedo salir ahora mismo de la cafetería donde trabajo. Si quieres, puedes pasarte por aquí cuando tengas tiempo. Estoy en *La Vegana Feliz*, en Malasaña.»

Marcos no tardó en contestar:

«Perfecto. Dame una hora y estaré allí. Aunque tengo que advertirte: llevo una mochila con cómics y cables que estoy seguro que no es tu estilo.»

Clara soltó una risa nerviosa. Ya podía imaginarse el tipo de persona que aparecería por la puerta: un friki absoluto. Y, sin embargo, no podía evitar sentirse curiosa. Al fin y al cabo, él ya había visto lo peor de su mochila.

Una hora después, Marcos empujó la puerta de *La Vegana Feliz*. El sonido de la campanilla anunció su llegada, y Clara levantó la vista desde la barra. Era difícil de pasar por alto: alto, con una camiseta que dejaba entrever unos brazos que parecían esculpidos en el gimnasio, pero con una expresión tan torpe que casi se tropieza con una silla al entrar.

—Hola —saludó, levantando una mano y mostrando la mochila negra con la otra—. Creo que esto es tuyo.

Clara tuvo que morderse el labio para no reír. —Y esto debe ser tuyo —respondió, sacando la mochila gris de debajo de la barra.

Marcos dejó su mochila en el suelo y se acercó. —No miré mucho dentro. Prometo que no juzgo —dijo, con una media sonrisa que, para sorpresa de Clara, no era tan ridícula como esperaba.

—Bueno, yo tampoco juzgo —mintió, devolviéndole la sonrisa mientras intercambiaban mochilas.

—Entonces, estamos en paz —contestó Marcos, pero al girarse para marcharse, chocó contra la bandeja que Sofía llevaba, derramando un café sobre su propia camiseta.

Clara no pudo evitar reír esta vez. —Definitivamente, eres lo más raro que me ha pasado en mucho tiempo.

—Eso espero que sea algo bueno —replicó Marcos, limpiándose torpemente con una servilleta.

—Podría serlo —respondió Clara, sorprendida de sí misma.

Mientras Marcos se acomodaba en una silla cercana para seguir limpiándose, Sofía no tardó en acercarse a Clara. —¿Y ese? ¿Un cliente nuevo o algo más?

—Es... complicado —dijo Clara, bajando la voz—. Digamos que nuestras mochilas decidieron conocerse antes que nosotros.

Sofía arqueó una ceja. —Bueno, parece que también decidieron darnos una historia divertida para el día. ¡Más te vale contarme todo después!

Clara sonrió, intentando disimular el calor que subía a sus mejillas mientras echaba un vistazo a Marcos, quien, con torpeza pero encanto, intentaba secar el desastre sin llamar más atención.

Capítulo 2: Frappés y conexiones inesperadas

Clara pensó que ya había sobrevivido a lo más incómodo del día: el intercambio de mochilas, el consabido consolador rosa y la llegada de Marcos con su mezcla de torpeza y encanto inesperado. Pero mientras organizaba los pedidos en *La Vegana Feliz*, se dio cuenta de que el destino aún tenía algo más preparado para ella.

Desde la barra, observaba cómo Marcos seguía sentado en una mesa cercana, claramente cómodo en el ambiente de la cafetería. Había sacado su portátil y parecía estar concentrado, aunque a Clara le daba la impresión de que cada tanto alzaba la vista para mirarla. Intentó no darle demasiada importancia, pero había algo en esa situación que la mantenía intrigada.

—¿Ese chico no tiene trabajo? —preguntó Sofía mientras pasaba detrás de Clara con una bandeja de pasteles veganos.

Clara rió por lo bajo. —Parece que su portátil es su oficina. O eso quiero creer.

Sofía arqueó una ceja. —¿Y qué pasa contigo? ¿Por qué sigues mirándolo como si fuera un experimento sociológico?

Clara rodó los ojos. —No estoy mirándolo, solo... me intriga. Fue un encuentro peculiar, eso es todo.

Antes de que Sofía pudiera lanzar otro comentario mordaz, Marcos se levantó de su asiento y se dirigió a la barra. Clara enderezó los hombros instintivamente, sintiéndose algo nerviosa.

—Oye —dijo él, sosteniendo su portátil en una mano y un enredo de cables en la otra—, sé que esto es un poco raro, pero ¿podrías ayudarme con esto? Creo que mi cargador ha decidido rebelarse.

Clara lo miró, parpadeando. —¿Tú no eras informático? —preguntó, señalando el desastre de cables con un gesto de incredulidad.

Marcos rascó su nuca, algo avergonzado. —Sí, pero soy más de software. Cuando se trata de cables... digamos que pierdo contra ellos.

Clara soltó una risa, incapaz de contenerse. —Vale, pásamelo. No prometo milagros, pero puedo intentarlo.

Marcos dejó el enredo en el mostrador, observando con curiosidad mientras Clara trabajaba en deshacer los nudos. Por un momento, la cafetería pareció desvanecerse a su alrededor. Clara estaba concentrada, con el ceño ligeramente fruncido, y Marcos no podía evitar notar lo hábil que parecía incluso en algo tan mundano.

—¿Esto es algo que haces a menudo? —preguntó él de repente.

—¿Desenredar los desastres de otras personas? —respondió Clara sin levantar la vista—.

Digamos que soy buena solucionando pequeños caos.

—Debe ser agotador —dijo Marcos, apoyándose ligeramente en el mostrador—. Aunque pareces tenerlo todo bajo control.

Clara levantó la vista, divertida. —No te equivoques. Soy tan desastrosa como cualquiera. Solo que lo disimulo mejor.

Ambos rieron, y el ambiente entre ellos se volvió un poco más relajado. Finalmente, Clara logró liberar los cables del enredo y se los devolvió a Marcos con un gesto triunfal.

—Listo. Ahora puedes volver a hacer lo que sea que los genios de los ordenadores hagan.

Marcos sonrió, agradecido. —Gracias. Prometo que no volveré a pedirte ayuda con mis problemas tecnológicos. Bueno, tal vez.

Clara negó con la cabeza, divertida. —Tú tampoco pareces alguien que se quede sin recursos fácilmente. ¿Qué haces exactamente?

—Trabajo como desarrollador de software para una empresa de videojuegos. —Hizo una pausa antes de añadir—: Aunque, honestamente, mi vida no es tan emocionante como suena.

—¿Videojuegos? —repitió Clara, cruzando los brazos—. Vale, eso te da algunos puntos extra en mi libro.

—¿Ah, sí? —preguntó Marcos, arqueando una ceja—. ¿Eres fan de los videojuegos?

Clara se encogió de hombros. —No diría que soy una experta, pero mi hermano pequeño solía retarme a jugar con él. Digamos que aprendí lo básico para no quedar en ridículo.

Marcos parecía encantado con la respuesta. —Entonces, la próxima vez que te toque un día complicado aquí, podríamos jugar algo. Podríamos ver quién es peor.

Clara rió. —¿Eso es un reto?

—Tómalo como quieras —dijo él, guiñándole un ojo antes de volver a su mesa.

Clara lo observó mientras se acomodaba de nuevo en su asiento, preguntándose cómo alguien podía ser tan torpe y encantador al mismo tiempo. Sofía volvió a acercarse, con una mirada cómplice.

—¿Y? —preguntó, inclinándose sobre la barra—. ¿Qué tal va el experimento sociológico?

Clara negó con la cabeza, sonriendo. —Aún está en proceso, pero creo que los resultados van a ser interesantes.

Mientras regresaba a atender a otros clientes, no pudo evitar echarle una última mirada a Marcos. Quizá ese día, después de todo, no había sido tan desastroso como parecía al principio.

Mientras Clara continuaba sirviendo frappés y organizando la barra, no podía evitar volver a mirar hacia Marcos de vez en cuando. Ahora estaba absorto en su portátil, con el ceño ligeramente fruncido, probablemente inmerso en algún problema técnico que a ella le habría parecido un galimatías. Pero lo que más le llamaba la atención era el contraste entre su apariencia y su personalidad.

Marcos era difícil de ignorar. Su cabello castaño oscuro tenía un aspecto ligeramente desordenado, como si se hubiera pasado las manos por él una docena de veces sin preocuparse demasiado. Sus ojos verdes, intensos pero cálidos, eran el tipo de mirada que podía sostener cualquier conversación sin necesidad de palabras. Y luego estaba su físico: hombros anchos y brazos musculosos que parecían más propios de un modelo de ropa deportiva que de un informático. Todo eso hacía que resultara aún más curioso ver cómo luchaba con cables enredados y derramaba café como un principiante.

Por otro lado, Clara no podía evitar compararse con él. Era más bien menuda, con una figura delgada y femenina que a menudo le hacía sentirse invisible entre el bullicio del barrio. Su cabello castaño claro caía en ondas naturales, siempre recogido en una coleta alta que mantenía a raya el calor de la cafetería. Tenía ojos marrones grandes y expresivos, enmarcados por pestañas largas que apenas necesitaban maquillaje. Aunque prefería vestir de forma sencilla —vaqueros ajustados y camisetas cómodas que combinaba con zapatillas desgastadas—, había algo en su porte relajado que transmitía una seguridad tranquila.

—¡Eh, soñadora! —la voz de Sofía la sacó de su ensimismamiento—. Ese frappé no se va a servir solo.

Clara parpadeó y se apresuró a atender el pedido. Cuando regresó a la barra, notó que Marcos volvía a levantarse. Esta vez se acercó con una expresión mezcla de nerviosismo y determinación.

—Perdona que te moleste otra vez —dijo, apoyando las manos en la barra. Sus dedos eran largos y fuertes, y Clara se sorprendió al notar ese detalle—. ¿Crees que podrías recomendarme algo para comer? He estado aquí un rato y todo tiene buena pinta, pero no sé por dónde empezar.

Clara sonrió, relajándose un poco. —Depende de lo que te apetezca. Si buscas algo ligero, tenemos tostadas de aguacate con hummus. Y si tienes hambre de verdad, el bol de quinoa con verduras asadas es una apuesta segura.

Marcos asintió, pensativo. —Vamos con el bol de quinoa. Suena como lo que necesito.

Clara apuntó el pedido y se giró hacia la cocina. Mientras lo preparaban, se dio cuenta de que Marcos seguía allí, esperándola en lugar de regresar a su mesa.

—¿Algo más? —preguntó, tratando de no parecer demasiado interesada.

Marcos se encogió de hombros. —En realidad, sí. Quería agradecerte de nuevo por ayudarme con los cables antes. Y por no reírte demasiado de mi torpeza.

Clara rió por lo bajo. —No te preocupes, tengo mucha práctica disimulando.

—¿Práctica? —repitió él, arqueando una ceja.

—Trabajo aquí. Créeme, he visto de todo. —Clara sonrió y luego añadió, más seria—: Aunque lo tuyo ha sido bastante entretenido, lo admito.

Marcos sonrió, relajándose. —Bueno, me alegra haber aportado algo de entretenimiento a tu día.

En ese momento, el pedido de Marcos salió de la cocina, y Clara se lo entregó con cuidado. Mientras él regresaba a su mesa, Clara sintió que algo cambiaba en la atmósfera. Quizá no era más que una chispa de curiosidad mutua, pero era suficiente para darle un giro inesperado a la tarde.

Capítulo 3: La llamada inesperada

La tarde transcurría tranquila en *La Vegana Feliz*, y Clara finalmente había encontrado un momento para sentarse en una de las mesas vacías al fondo del local. Su turno había terminado, pero la idea de regresar a su pequeño apartamento en Lavapiés no le resultaba especialmente atractiva. Había algo reconfortante en quedarse en la cafetería, observando el ir y venir de clientes y sintiéndose parte de aquel microcosmos que era Malasaña.

Justo cuando se disponía a abrir un libro que llevaba en la mochila—una novela clásica que había prometido terminar antes de fin de mes—, su móvil vibró sobre la mesa. Al principio pensó que era Sofía, probablemente mandándole otro meme absurdo, pero al ver el nombre en la pantalla, se sorprendió.

Marcos.

Dudó por un momento antes de responder.

—Hola.

—Hola, Clara. Soy Marcos. Espero que no sea un mal momento.

Su voz sonaba diferente a través del teléfono, más calmada, casi reconfortante. Clara sonrió para sí misma.

—No te preocupes. Dime, ¿todo bien?

Hubo una pausa al otro lado. Luego, Marcos soltó una risa nerviosa. —Digamos que he tenido otro día de esos... Ya sabes, con momentos de brillantez y desastres igual de monumentales.

Clara ríó suavemente. —Eso parece tu especialidad.

—Definitivamente. Pero bueno, llamaba porque... ¿te apetecería tomar algo conmigo? No ahora mismo, claro, sino cuando tengas tiempo.

La propuesta la pilló desprevenida. Clara miró alrededor como si alguien pudiera darle una pista sobre cómo responder.

—¿Tomar algo? —repitió, tratando de ganar tiempo.

—Sí. Algo informal, sin mochilas intercambiadas ni cafés derramados. Prometo que seré menos torpe.

Clara se mordisqueó el labio inferior, sin estar segura de si aceptar o no. No había tenido una cita en meses, y aunque no estaba segura de si esto contaba como tal, había algo en la propuesta de Marcos que le resultaba tentador.

—Bueno, supongo que podría ser interesante —dijo finalmente, tratando de sonar más

despreocupada de lo que realmente se sentía.

—Genial. Entonces, ¿te parece mañana por la tarde? Conozco un lugar en Chueca que podría gustarte.

—Vale. Mañana por la tarde está bien. Mándame la dirección y allí estaré.

—Perfecto. Gracias, Clara. Prometo no decepcionarte.

Cuando la llamada terminó, Clara se quedó mirando la pantalla de su móvil, procesando lo que acababa de pasar. No era frecuente que alguien la sorprendiera de esa manera, y menos alguien como Marcos, quien había irrumpido en su vida con una torpeza casi cómica, pero también con una calidez genuina.

—¿Tienes una cita? —La voz de Sofía la sacó de sus pensamientos.

Clara levantó la vista para ver a su compañera observándola desde la barra, con una sonrisa traviesa.

—No es una cita. Es... ¡Nada! ¡Solo una salida! —se apresuró a responder Clara, sintiendo sus mejillas arder.

Sofía arqueó una ceja, claramente disfrutando de la situación. —Ajá, claro. Solo una salida con el chico de los cables enredados y los cafés derramados. Suena muy "nada".

Clara bufó, tratando de ignorarla. Pero por dentro, una pequeña sonrisa se formaba en su rostro. Quizás, solo quizás, esta vez su intuición la llevaba por un camino interesante.

Capítulo 4: Encuentro en Chueca

La tarde llegó con un aire fresco que aliviaba el calor madrileño. Clara caminaba por las calles de Chueca, admirando los coloridos balcones adornados con flores y las fachadas de los edificios que respiraban historia y modernidad al mismo tiempo. Había llegado diez minutos antes de la hora acordada, un hábito suyo cuando algo la ponía un poco nerviosa. Marcos le había enviado la dirección de un pequeño café llamado *El Escondite de Sofía*, y desde fuera parecía un lugar acogedor, con mesas de madera rústica y luces cálidas que invitaban a quedarse.

Mientras esperaba, intentaba convencerse de que no estaba tan nerviosa como su corazón se empeñaba en demostrar. Se ajustó la coleta y echó un vistazo a su reflejo en la ventana del café. Había optado por un look sencillo: vaqueros ajustados, una blusa blanca y zapatillas deportivas. Nada especial, pero lo suficiente como para sentirse cómoda.

—¡Clara! —La voz familiar de Marcos la sacó de sus pensamientos.

Se giró y lo vio acercarse, con su típica mezcla de torpeza y encanto. Llevaba una chaqueta de cuero negra sobre una camiseta gris, y sus vaqueros oscuros parecían hechos a medida. Parecía casual, pero no había duda de que sabía cómo impresionar sin demasiado esfuerzo.

—Hola —respondió Clara con una sonrisa.

—Espero no haberte hecho esperar mucho —dijo Marcos mientras se pasaba una mano por el cabello desordenado.

—Llegué un poco antes —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Es un hábito.

—Puntualidad. Me gusta. —Él sonrió y señaló hacia la puerta del café—. Vamos, reservé una mesa dentro.

Al entrar, Clara se dio cuenta de que el lugar era incluso más encantador de lo que había imaginado. Había estanterías llenas de libros antiguos, plantas colgantes y una música suave de fondo que daba al ambiente un toque íntimo. Marcos la guió hasta una mesa junto a una ventana.

—Este lugar es increíble —comentó Clara mientras se sentaba.

—Lo descubrí por casualidad hace unos meses —respondió Marcos mientras tomaba asiento frente a ella—. Es perfecto para desconectar. Y hacen un café increíble, lo prometo.

Una camarera llegó con una sonrisa amable y les entregó el menú. Clara echó un vistazo rápido antes de decidirse por un té chai, mientras Marcos optó por un capuchino.

—Así que... —comenzó Marcos después de que la camarera se alejara—. ¿Qué tal tu día?

Clara se encogió de hombros. —Tranquilo. Un par de clientes exigentes en la cafetería, pero nada fuera de lo común. ¿Y el tuyo?

Marcos dejó escapar una risa. —Digamos que mi portátil sigue sin querer colaborar conmigo. Pero al menos mis cables están a salvo ahora, gracias a ti.

Ambos rieron, y la conversación comenzó a fluir de manera natural. Hablaron de sus trabajos, de lo que les gustaba hacer en su tiempo libre y, de forma inevitable, del intercambio de mochilas que los había unido. Marcos tenía una forma de contar historias que hacía que hasta los momentos más mundanos parecieran emocionantes, y Clara se sorprendió a sí misma riendo más de lo que había esperado.

—No me has dicho qué estudiabas —comentó Marcos de repente, apoyándose en la mesa con interés.

—Literatura. Lo hago a distancia porque nunca tuve tiempo de terminarlo en su momento. —Clara hizo una pausa antes de añadir con una sonrisa—: No es tan emocionante como hacer videojuegos, pero me gusta.

—¿Bromeas? Eso es genial. Siempre he querido entender mejor la literatura, pero lo más cerca que he estado fue leer el prólogo de *Don Quijote* en el instituto. —Marcos hizo una mueca que arrancó una carcajada de Clara.

—Bueno, siempre puedo darte algunas recomendaciones —dijo ella, aún riendo.

La camarera volvió con sus bebidas, interrumpiendo el momento con una precisión casi cómica. Ambos agradecieron y retomaron la charla, que poco a poco fue derivando en temas más personales. Clara no podía evitar sentirse cómoda con Marcos, como si lo conociera desde hacía mucho más tiempo.

Cuando la tarde comenzó a transformarse en noche, y las luces del café se hicieron más tenues, Marcos la miró directamente, con una expresión más seria.

—Gracias por aceptar venir. Sé que no es fácil confiar en alguien que literalmente apareció en tu vida con cables enredados.

Clara sonrió, bajando la mirada hacia su taza de té. —Bueno, admito que no es mi forma habitual de conocer gente. Pero creo que ha valido la pena.

Ambos se quedaron en silencio por un momento, hasta que una risa compartida rompió la tensión. Era un buen comienzo, y ambos lo sabían.

Cuando salieron del café, la noche madrileña los recibió con su bullicio característico. Las calles de Chueca estaban llenas de vida: parejas caminando de la mano, grupos de amigos riendo en las terrazas y músicos callejeros tocando melodías que parecían hechas a medida para esa atmósfera vibrante.

—Bueno, fue una buena elección —comentó Clara mientras ajustaba su chaqueta, notando el fresco que empezaba a caer.

—¿El lugar o la compañía? —preguntó Marcos con una sonrisa juguetona.

Clara lo miró de reojo, tratando de no ceder demasiado pronto. —Digamos que ambas estuvieron bien.

—"Bien". —Marcos fingió estar ofendido, llevándose una mano al pecho—. Pensé que estábamos en el nivel de "genial".

Clara se rió, disfrutando de la ligereza de la conversación. —No exageres. Fue una buena tarde. No arruinemos el momento con adjetivos desproporcionados.

Caminaron juntos durante un rato, sin un destino claro. Marcos señaló una pequeña librería que aún estaba abierta y que, según él, tenía una sección de cómics impresionante. Clara sugirió que podrían pasar, más por curiosidad que por un interés real en los cómics, pero terminó encontrando un rincón lleno de ediciones especiales de literatura clásica que la dejaron fascinada.

—¿Así que este es tu lugar feliz? —preguntó Marcos mientras ella hojeaba un viejo ejemplar de *Jane Eyre*.

—Definitivamente está en mi top cinco —respondió Clara, sin apartar la vista del libro.

—Si es tu top cinco, eso significa que hay otros cuatro lugares que tengo que conocer —dijo Marcos, inclinándose ligeramente hacia ella.

Clara levantó la mirada, sorprendida por la cercanía de su voz. No podía evitar sentir cómo algo en su pecho se agitaba de forma inesperada. —No sé si estoy lista para compartirlos todos aún.

—Bueno, uno a la vez —respondió Marcos con un guiño antes de alejarse hacia la sección de cómics.

Después de un rato en la librería, decidieron seguir caminando. Clara se sentía más relajada, disfrutando de la compañía sin sentirse obligada a mantener la conversación. Pero Marcos, siempre curioso, encontró otra forma de sorprenderla.

—¿Confesarías algo vergonzoso? —preguntó de repente.

Clara lo miró, desconfiada. —Depende. ¿Qué tan vergonzoso estamos hablando?

—No sé, algo ligero. Como... ¿alguna vez has cantado en público y lo has hecho fatal? —sugirió él, mirándola con esa mezcla de picardía y sinceridad que empezaba a ser su sello personal.

Clara se rió, recordando una anécdota de sus años de instituto. —De acuerdo, sí. Una vez canté en una fiesta del colegio. Era un karaoke y me animé demasiado con una canción de Amaral. Todavía me persigue la vergüenza.

Marcos se rió tan fuerte que un par de transeúntes los miraron curiosos. —Vale, eso es bastante bueno. Aunque no me imagino que lo hicieras tan mal.

—Créeme, lo hice. ¿Y tú? —preguntó Clara, alzando una ceja.

Marcos se frotó la nuca, claramente debatiéndose entre contar algo o no. Finalmente, se rindió. —Una vez intenté impresionar a una chica en un parque, subiéndome a una bicicleta que no era mía. Me caí al intentar arrancar y derribé un puesto de helados. Fue como una escena de comedia, pero en tiempo real.

Clara soltó una carcajada, y por un momento, todo lo demás desapareció. No había tensión, solo dos personas disfrutando de la presencia del otro en una noche perfecta.

Cuando finalmente llegaron a una esquina donde sus caminos debían separarse, Clara sintió una pequeña punzada de desilusión.

—Bueno, creo que aquí me despido —dijo, intentando sonar casual.

Marcos asintió, pero no hizo ademán de moverse. —¿Nos veremos otra vez?

Clara lo miró, fingiendo pensar. —Depende. ¿Volverás a hacer que me ría tanto?

—Eso está garantizado —respondió él con una sonrisa confiada.

—Entonces, sí. Nos veremos. —Clara sonrió y, sin pensarlo demasiado, le dio un beso en la mejilla antes de girarse y caminar hacia su casa.

Marcos se quedó en la esquina, viendo cómo se alejaba. Había algo en Clara que le hacía sentir que este solo era el principio de algo especial. Y estaba dispuesto a descubrirlo.

Capítulo 5: Enredos en la cafetería

El lunes por la mañana llegó con la rapidez de un tren bala. Clara se levantó temprano, como siempre, pero esa vez con una energía renovada. A pesar de que no quería admitirlo, la tarde con Marcos había dejado una sensación agradable que se resistía a desaparecer. Después de un café rápido y de atarse las zapatillas, salió rumbo a *La Vegana Feliz*.

Al llegar, Sofía ya estaba organizando la barra, canturreando al ritmo de la música indie que llenaba el local.

—Buenos días, soñadora —la saludó con una sonrisa amplia—. ¿Cómo estuvo tu fin de semana? ¿O debería decir... tu cita?

Clara dejó escapar un suspiro exagerado mientras dejaba su mochila en el pequeño armario detrás del mostrador. —No era una cita, Sofía. Solo fue... un café entre conocidos.

—Claro, un café entre conocidos que dura horas, con paseos incluidos. Muy casual todo —replicó Sofía con una mirada traviesa.

Clara estaba a punto de defenderse cuando la campanilla de la puerta anunció la llegada de un cliente. Al girarse, sintió un leve escalofrío. Allí estaba Marcos, con su chaqueta de cuero y una sonrisa que parecía iluminar la cafetería más que las lámparas colgantes.

—¿En serio? —murmuró Clara, más para sí misma que para Sofía.

—Esto se pone interesante —susurró Sofía antes de alejarse estratégicamente hacia la cocina.

Marcos se acercó al mostrador con las manos en los bolsillos y un aire relajado que parecía natural en él.

—Buenos días —dijo, inclinándose ligeramente hacia Clara—. ¿Molesto?

Clara lo miró con una mezcla de sorpresa y diversión. —¿Qué haces aquí?

—Bueno, pensé que ya era hora de probar algo más que un bol de quinoa. Además... —Marcos bajó la voz ligeramente—, me debes unas recomendaciones literarias, ¿recuerdas?

Clara no pudo evitar reírse mientras sacaba su libreta de pedidos. —Vale, ¿qué te apetece esta vez?

—Confío en ti. Sorpréndeme —dijo él, apoyando los codos en el mostrador.

Clara decidió prepararle un latte de almendra con un toque de canela, algo que siempre recibía elogios de los clientes. Mientras lo preparaba, podía sentir la mirada de Marcos sobre ella, pero no era incómoda. Más bien, tenía algo reconfortante, casi familiar.

—Aquí tienes —dijo finalmente, dejando la taza frente a él.

Marcos tomó un sorbo y asintió con aprobación. —Eres buena en esto.

—Es mi trabajo —respondió Clara, aunque no pudo evitar sentir un pequeño orgullo por el cumplido.

La cafetería empezó a llenarse poco a poco, y Clara se vio obligada a atender a otros clientes. Sin embargo, cada vez que pasaba cerca de la mesa de Marcos, notaba que él la observaba, como si estuviera esperando una oportunidad para seguir conversando.

Finalmente, cuando el flujo de clientes disminuyó, Clara se acercó a su mesa con una bandeja en la mano.

—¿Entonces? —preguntó ella, apoyándose ligeramente en el respaldo de una silla—. ¿Qué tal el latte?

—Perfecto, como esperaba. —Marcos sonrió antes de añadir—: Pero me quedo esperando las recomendaciones literarias.

Clara rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír. —Vale, vale. Dame un segundo.

Regresó al mostrador y sacó una libreta donde solía anotar los títulos que había leído recientemente. Al volver a la mesa, se la entregó con un gesto teatral.

—Aquí tienes. Mis mejores sugerencias.

Marcos tomó la libreta y la hojeó, levantando una ceja al ver los títulos. —¿*Cumbres borrascosas*? ¿No es un poco intenso para empezar?

—Es un clásico imprescindible. Además, si puedes soportar los enredos de los personajes, creo que podrás con cualquier cosa —dijo Clara, divertida.

—Está bien, acepto el reto —respondió Marcos con una sonrisa que le iluminó el rostro—. Aunque puede que necesite una explicación o dos. Quizás... ¿otro café?

Clara fingió considerar la propuesta. —Veré si puedo hacer un hueco en mi apretada agenda.

Ambos rieron, y por un momento, el mundo exterior se desvaneció. Era como si la cafetería fuera su pequeño refugio, un lugar donde las palabras y las miradas hablaban más que cualquier otra cosa.

Cuando Marcos finalmente se levantó para irse, dejó una nota doblada en la mesa. Clara la abrió una vez que él había salido, curiosa por lo que podía haber escrito.

"Gracias por el café y por hacer de este lunes algo menos... lunes. —Marcos."

Clara no pudo evitar sonreír mientras guardaba la nota en el bolsillo de su delantal. Quizá los lunes no fueran tan malos después de todo.

Cuando el turno de Clara terminó, decidió dar un paseo por las calles de Malasaña. Había algo terapéutico en caminar sin prisa, dejando que las luces de las farolas y el bullicio de los bares la envolvieran. Esa tarde tenía un plan sencillo: encontrar palo santo para quemar en su apartamento. La idea de llenar el espacio con un aroma cálido y relajante le parecía el cierre perfecto para un día que había comenzado con tantas emociones.

Entró en una pequeña tienda de productos naturales que conocía bien, un lugar con estanterías repletas de velas, cristales y hierbas aromáticas. Una campanilla sonó cuando abrió la puerta, y el familiar aroma a incienso la envolvió de inmediato.

—¡Clara! —Una voz masculina resonó desde el fondo de la tienda.

Clara se giró para encontrarse con Samuel, un conocido de la universidad al que no veía desde hacía meses. Era alto, con una melena desordenada y una energía despreocupada que siempre lo hacía destacar. Samuel estaba detrás del mostrador, revisando unos paquetes.

—Samuel, ¡cuánto tiempo! —exclamó Clara, acercándose con una sonrisa.

—Demasiado. Pensé que te habías mudado a otro planeta o algo —bromeó él mientras dejaba los paquetes y salía de detrás del mostrador para saludarla con un abrazo.

—No, sigo en el mismo sitio. Aunque con mucho trabajo y cosas en la cabeza. Ya sabes cómo es —respondió Clara.

Samuel la miró con interés. —¿Y qué te trae por aquí? ¿Buscando algo especial?

—Un poco de palo santo. Me apetecía quemarlo esta noche para relajarme un poco.

—Ah, claro. Tengo justo lo que necesitas. —Samuel se giró hacia una estantería y sacó un pequeño paquete de palo santo envuelto con una cinta. Luego, se lo entregó con una sonrisa—. Este es mi favorito, pruébalo y me cuentas.

Clara tomó el paquete y lo observó con curiosidad. —Gracias. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—Pues de todo un poco. La tienda, mis proyectos artísticos... Y, hablando de eso, este fin de semana organizo una fiesta en mi casa. Será algo tranquilo, música en vivo, gente interesante. Deberías venir.

Clara se quedó pensativa. No solía ir a fiestas últimamente, pero la idea de desconectar y conocer gente nueva era tentadora. Además, Samuel siempre tenía un grupo de amigos excéntricos y creativos que garantizaban una noche entretenida.

—No sé... Hace tiempo que no voy a cosas así —dijo, dudando.

—Vamos, Clara. Será divertido. Además, podrías traer a alguien si quieres. Ya sabes, para que no te sientas fuera de lugar.

El comentario la hizo pensar en Marcos, pero descartó la idea rápidamente. No tenía

sentido complicarse. —Está bien, me lo pensaré. ¿Qué día es?

—El sábado a las ocho. Aquí tienes la dirección. —Samuel escribió rápidamente en un papel y se lo entregó con una sonrisa—. Espero verte allí.

Clara guardó la dirección en el bolsillo de su chaqueta y pagó el palo santo. Mientras salía de la tienda, se sintió extrañamente emocionada. Quizás esa fiesta fuera una oportunidad para romper con la rutina y, quién sabe, tal vez incluso un pequeño giro en su vida.

Cuando llegó a su apartamento, encendió una varita de palo santo y dejó que el aroma llenara el espacio. Se tumbó en el sofá con una taza de té caliente, pensando en cómo había cambiado su semana en tan poco tiempo. Desde el intercambio accidental de mochilas hasta la invitación a una fiesta, todo parecía estar alineándose para algo más grande. Aunque no podía definir exactamente qué, había algo emocionante en no saberlo.

Capítulo 6: La fiesta y las sorpresas inesperadas

El sábado por la noche llegó con una energía distinta. Clara se había pasado la tarde dudando entre ir a la fiesta o quedarse en casa con un libro y una taza de té, pero algo en su interior la empujaba a salir de su zona de confort. Había elegido un vestido negro sencillo, con tirantes finos, que combinó con una chaqueta de cuero y botines. Se miró al espejo una última vez, recogió su bolso y salió al fresco de la noche madrileña.

La dirección que Samuel le había dado la llevó a un edificio antiguo con un patio interior lleno de luces colgantes. Desde la entrada se escuchaba el murmullo de conversaciones, risas y música en vivo. Clara respiró hondo antes de empujar la puerta.

—¡Clara, has venido! —Samuel apareció de la nada, con una copa en la mano y su característica sonrisa despreocupada. Llevaba una camisa estampada y unos vaqueros desgastados que completaban su estilo bohemio.

—Sí, me convenciste —respondió Clara con una sonrisa.

Samuel la condujo al interior, donde el ambiente era cálido y relajado. La sala principal estaba decorada con cojines en el suelo, velas y luces tenues. En una esquina, un chico tocaba la guitarra mientras alguien más lo acompañaba con un cajón flamenco. Había una mezcla ecléctica de personas: artistas, músicos, estudiantes y algunos rostros familiares de la universidad.

—Ponte cómoda. Te traeré algo de beber. —Samuel desapareció en la multitud, dejándola explorar por su cuenta.

Clara caminó lentamente por la sala, observando los detalles. En una mesa, alguien había dispuesto un pequeño bufé de aperitivos caseros, y junto a ella había una mesa llena de libros y cuadernos. Justo cuando estaba hojeando uno de los cuadernos, una voz detrás de ella la sorprendió.

—No esperaba encontrarte aquí.

Clara se giró rápidamente y se encontró con Marcos. Estaba de pie, con una copa en la mano, vistiendo una camisa blanca arremangada que realzaba sus brazos musculosos. Su sonrisa tenía esa mezcla de timidez y picardía que ella ya empezaba a reconocer.

—¿Tú también conoces a Samuel? —preguntó Clara, todavía asimilando su presencia.

—Sí, trabajé con él en un proyecto hace unos años. Es un tipo interesante. —Marcos tomó un sorbo de su copa antes de añadir—: ¿Y tú? ¿Cómo es que estás aquí?

—Somos conocidos de la universidad. Me invitó cuando fui a su tienda el otro día —respondió Clara, todavía un poco sorprendida por el encuentro.

—El destino tiene sus maneras, ¿no? —dijo Marcos, con una sonrisa que la hizo sentir más cómoda.

Ambos se quedaron en silencio por un momento, hasta que Samuel reapareció con dos copas de vino. Al verlos juntos, una sonrisa de complicidad apareció en su rostro.

—Ah, veo que ya se conocen. Perfecto. Entonces los dejo, disfruten de la fiesta. —Samuel se desvaneció nuevamente en la multitud, dejando a Clara y Marcos juntos.

—Bueno, esto es inesperado —comentó Clara mientras aceptaba la copa que Samuel le había dejado.

—Sí, pero no me quejo —respondió Marcos, levantando la suya en un gesto de brindis—. Por las coincidencias.

—Por las coincidencias —repitió Clara, chocando su copa contra la de él.

La noche continuó con una fluidez sorprendente. Clara y Marcos encontraron un rincón tranquilo donde hablaron de todo: desde sus trabajos hasta sus recuerdos más vergonzosos. Marcos, como siempre, tenía una forma de hacerla reír que la relajaba por completo. Por su parte, Clara descubrió que podía ser más espontánea de lo que creía, sobre todo cuando estaba con él.

Cuando la música cambió a un ritmo más animado, alguien comenzó a mover los cojines para hacer espacio en el centro de la sala. Samuel animó a todos a bailar, y aunque Clara intentó resistirse, Marcos la tomó de la mano con una sonrisa irresistible.

—Vamos, es una fiesta. Hay que bailar.

—Soy terrible bailando —protestó Clara, aunque ya estaba siendo arrastrada al centro.

—Yo también, así que estaremos en igualdad de condiciones.

Ambos terminaron moviéndose al ritmo de la música, entre risas y algún que otro paso torpe. Clara no recordaba la última vez que se había divertido tanto, y cuando sus ojos se cruzaron con los de Marcos, sintió una chispa que no podía ignorar.

La noche avanzó entre bailes, conversaciones y momentos que parecían sacados de una película.

Cuando la multitud empezó a dispersarse y la música se volvió más suave, Marcos acompañó a Clara hasta la salida. El aire nocturno de Madrid los envolvió con su frescura, y las luces de las farolas bañaban la calle con un brillo dorado. Se quedaron unos segundos en silencio, disfrutando de la quietud después del bullicio de la fiesta.

—¿Te acompaño a casa? —preguntó Marcos finalmente, con una mezcla de amabilidad y seguridad en su tono.

Clara dudó por un momento, pero algo en su sonrisa la hizo asentir. —Está bien, pero mi casa no está tan cerca.

—Perfecto. Así tenemos tiempo de hablar un poco más. —Marcos metió las manos en los

bolsillos, ajustándose a su ritmo mientras empezaban a caminar.

El trayecto los llevó por las calles tranquilas de Chueca, con sus fachadas coloridas y bares que aún conservaban algo de vida. Hablaron de todo y de nada: de películas que querían ver, de los lugares más raros en los que habían estado, e incluso de sus comidas favoritas. Clara se dio cuenta de que cada vez que estaba con Marcos, el tiempo parecía pasar más rápido.

—¿De verdad nunca probaste sushi hasta los veinte? —preguntó Clara, riéndose.

—Nunca. Mi madre es de esas personas que cree que el pescado crudo no cuenta como comida. Así que no fue hasta que un amigo me llevó a un sitio en Malasaña que me atreví. Y fue una revelación.

Clara sacudió la cabeza, divertida. —Vaya, todo un aventurero culinario. Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué entiendes? —preguntó Marcos, mirándola de reojo.

—Tu torpeza con los cables, el desastre con el café. Todo eso. Eres alguien que se lanza, pero no siempre tiene un plan.

Marcos rió, levantando las manos en señal de rendición. —Culpable. Pero, ¿sabes qué? Las cosas suelen salir mejor así.

—A veces. —Clara sonrió, pero su mirada se suavizó—. Aunque me da la impresión de que no todo en tu vida es tan improvisado.

Marcos pareció considerarlo por un momento antes de responder. —Supongo que tienes razón. Hay cosas que valen la pena planear. Como asegurarte de que alguien llegue a casa a salvo.

Clara sintió un leve calor en las mejillas, pero antes de poder responder, se dio cuenta de que ya estaban frente a su portal. Se detuvo, girándose hacia él.

—Bueno, aquí estoy —dijo, un poco más suave de lo que pretendía.

Marcos asintió, mirándola con esa mezcla de serenidad y atención que la hacía sentir expuesta, pero cómoda al mismo tiempo.

—Gracias por dejarme acompañarte. Creo que este ha sido uno de los paseos más entretenidos que he tenido en mucho tiempo.

—Lo mismo digo —respondió Clara, jugueteando con la correa de su bolso.

El silencio se extendió entre ellos por un momento, pero no era incómodo. Era como si ambos supieran lo que estaba a punto de ocurrir y quisieran prolongar la anticipación. Finalmente, Marcos dio un paso hacia ella, inclinándose ligeramente.

—¿Puedo...? —empezó a preguntar, pero Clara ya había cerrado la distancia entre ellos.

El beso fue lento, lleno de curiosidad y emoción contenida. Sus labios se movieron con una suavidad que hablaba de algo más que atracción; era una conexión que ambos habían sentido crecer desde el primer encuentro. Cuando se separaron, Clara notó que Marcos seguía mirándola con una sonrisa cálida y sincera.

—Buenas noches, Clara —dijo él, dando un paso atrás.

—Buenas noches, Marcos. —Clara abrió la puerta de su edificio, pero se giró una última vez antes de entrar—. Nos vemos.

Marcos asintió, metiendo las manos en los bolsillos mientras la veía desaparecer por las escaleras. Cuando finalmente se dio la vuelta para regresar a casa, no pudo evitar sonreír como un idiota bajo las luces de Madrid.

Capítulo 7: Pensamientos entre café y literatura

El domingo por la mañana llegó con una calma inusual para Clara. Había dormido profundamente, con el recuerdo del beso de la noche anterior todavía fresco en su mente. Mientras preparaba un café en su pequeña cocina, no pudo evitar sonreír al repasar mentalmente cada detalle del paseo y la despedida. Marcos tenía esa habilidad de colarse en sus pensamientos sin previo aviso, y aunque intentaba racionalizarlo, sabía que era algo más que una atracción pasajera.

Con su taza de café caliente en la mano, se dirigió al sofá, donde había dejado varios libros apilados. El plan del día era claro: dedicar la mañana a leer y ponerse al día con los apuntes de su curso de literatura. Sin embargo, después de leer la misma página tres veces sin retener nada, aceptó que su concentración estaba en otro lugar.

Decidió distraerse ordenando su pequeño apartamento. Puso música, abrió las ventanas para dejar entrar la brisa fresca y empezó a organizar libros y papeles que había dejado acumulados en la mesa del comedor. Mientras clasificaba, encontró la nota que Marcos le había dejado en la cafetería: "**Gracias por el café y por hacer de este lunes algo menos... lunes.**"

La simple frase, escrita con su letra desordenada pero legible, la hizo reír. La guardó cuidadosamente en la primera página de su agenda, como un pequeño recordatorio de lo impredecible que podía ser la vida.

Por la tarde, Clara decidió salir a despejarse. Había un parque cercano que solía visitar cuando necesitaba ordenar sus pensamientos. Era un lugar tranquilo, con bancos sombreados y un pequeño estanque rodeado de patos y familias paseando. Llevó consigo un libro, aunque sabía que probablemente no leería mucho.

Se sentó en su banco favorito, cerca del estanque, y observó a la gente pasar. Había algo reconfortante en esa rutina: los niños corriendo detrás de los patos, las parejas caminando de la mano, los ciclistas esquivando a los peatones. Pero lo que más disfrutaba era la soledad serena que el parque le ofrecía, un espacio donde podía simplemente estar.

Mientras hojeaba el libro sin prestar demasiada atención, sintió una vibración en el bolsillo de su chaqueta. Era su móvil. Al verlo, no pudo evitar sonreír: **Marcos**.

—Hola —dijo, llevándose el móvil al oído.

—Hola, Clara. Espero no interrumpir nada importante.

—Nada, solo estoy en el parque. ¿Y tú? —preguntó, cerrando el libro y recostándose en el banco.

—Luchando con un informe del trabajo. Pero, sinceramente, preferiría estar en el parque

ahora mismo.

Clara rió suavemente. —Bueno, hay muchos bancos libres. Podrías unirme si quisieras.

Hubo una pausa al otro lado, y por un momento, Clara pensó que su comentario podría haber sido demasiado casual. Pero entonces escuchó la respuesta de Marcos.

—Dame veinte minutos. Estoy en camino.

El corazón de Clara dio un pequeño salto. No esperaba que realmente apareciera, pero la idea no le molestaba en absoluto. Cerró el libro y decidió esperar, preguntándose cómo alguien que apenas conocía hacía que su día se sintiera más completo.

Marcos llegó casi exactamente veinte minutos después, con una chaqueta ligera y una sonrisa de disculpa.

—Espero no haberte hecho esperar mucho —dijo mientras se acercaba.

—No te preocupes. Estoy disfrutando de la calma. —Clara hizo un gesto hacia el banco, invitándolo a sentarse.

Se acomodaron lado a lado, observando el estanque en silencio durante unos minutos. No era incómodo, sino más bien una pausa tranquila que ambos parecían apreciar.

—Así que, ¿qué tal tu informe? —preguntó Clara, rompiendo el silencio.

Marcos hizo una mueca. —Aburrido, como todos. Pero ya lo terminaré esta noche. Preferí aprovechar el tiempo libre para venir aquí.

Clara sonrió. —Me alegra que lo hicieras. Este es mi lugar favorito para desconectar.

Marcos asintió, mirando alrededor. —Puedo entender por qué. Hay algo especial en este sitio.

La conversación continuó, y aunque no hablaron de nada trascendental, cada palabra se sentía como un ladrillo que añadían juntos a algo más grande. Cuando el sol empezó a ponerse y las sombras del parque se alargaron, Clara se dio cuenta de que había pasado mucho más tiempo del que había planeado allí.

—Es mejor que vuelva a casa —dijo finalmente, levantándose.

Marcos la imitó, con las manos en los bolsillos. —¿Te acompaño otra vez?

Clara negó con la cabeza, sonriendo. —No hace falta. Pero gracias.

Marcos la miró durante un momento antes de asentir. —Está bien. Pero nos vemos pronto, ¿verdad?

—Definitivamente —respondió Clara antes de darse la vuelta y comenzar a caminar hacia

su apartamento.

Mientras se alejaba, sintió que algo en su vida había cambiado, aunque no podía precisar qué. Y quizá, pensó, no necesitaba saberlo todavía.

Capítulo 8: Consejos de sofá y dudas nocturnas

Marcos llegó a casa poco después del anochecer. El apartamento que compartía con su amigo y compañero de piso, Adrián, era un espacio acogedor pero desordenado, con pósters de películas y videojuegos adornando las paredes, y una pila de platos en el fregadero que ninguno parecía dispuesto a lavar.

Adrián estaba sentado en el sofá, con una cerveza en la mano y el mando de la consola en la otra. Apenas levantó la vista cuando Marcos entró, pero le dirigió un gesto rápido con la cabeza.

—¿Qué tal tu paseo por el parque? —preguntó Adrián, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Bien. Fue... tranquilo —respondió Marcos, dejando su chaqueta sobre una silla y tirándose en el sofá junto a él.

Adrián soltó un gruñido al ver que perdía una vida en el juego y pausó la partida antes de girarse hacia Marcos.

—Eso suena aburrido. ¿No ibas con la chica? ¿Clara?

Marcos asintió. —Sí, pero... no sé. La cita fue bien, hablamos de todo un poco, nos reímos. Pero cuando le ofrecí acompañarla a casa, me dijo que no hacía falta. —Se frotó la nuca, claramente frustrado—. Me quedé pensando, ¿será que no quería que la acompañara porque no quiere otro beso? ¿O estoy siendo demasiado insistente?

Adrián dejó el mando a un lado y le dedicó toda su atención, algo raro en él. —Vale, relájate. Vamos por partes. ¿Qué tal suele ser ella? ¿Es de tomar la iniciativa?

Marcos frunció el ceño, reflexionando. —No mucho. Quiero decir, la mayor parte de las veces soy yo quien da el primer paso. Como invitarla al café, al parque... Incluso cuando nos besamos, fui yo quien se acercó primero.

Adrián asintió lentamente, como si estuviera analizando un complicado problema matemático. —Entonces, déjame ser honesto contigo. Puede que le gustes, pero si tú eres siempre el que toma la iniciativa, tal vez se siente presionada. O... —Hizo una pausa dramática, levantando las manos como si no quisiera ofender—. Tal vez simplemente no le gustas tanto.

Marcos lo miró con incredulidad. —¿De verdad?

—Mira, no te lo tomes a mal. Puede que le gustes, pero no en ese sentido. —Adrián se encogió de hombros—. A lo mejor le gustan los chicos más... como ella. Ya sabes, que lean, que hablen de literatura y esas cosas profundas. Y tú eres más de videojuegos y cables enredados. Eso no es malo, pero... quizá no es lo que busca.

Marcos dejó escapar un suspiro, hundiéndose en el sofá. —Entonces, ¿qué hago? ¿Me alejo?

Adrián asintió con decisión. —Exacto. Dale espacio. Si le gustas de verdad, va a buscarte. Pero si sigues insistiendo, podrías acabar espantándola.

—¿Y si se olvida de mí? —preguntó Marcos, sin poder evitar sonar preocupado.

—Si se olvida de ti tan rápido, entonces nunca fue en serio, colega. Mejor saberlo ahora que más tarde. —Adrián tomó un trago de su cerveza antes de añadir—: Además, ¿qué fue lo que dijiste la primera vez que la viste? Que era diferente. Pues, si es diferente, trata de entenderla. No todas las chicas funcionan igual.

Marcos asintió, aunque todavía no parecía convencido. Pasaron unos minutos en silencio, interrumpidos solo por el sonido de la partida que Adrián había reanudado. Finalmente, Marcos se levantó.

—Gracias por los consejos, supongo. Me voy a la cama.

—Ey, no lo pienses tanto. Y, oye, si todo falla, al menos tienes una buena historia con las mochilas —bromeó Adrián, guiñándole un ojo.

Marcos rió ligeramente mientras se dirigía a su habitación. Una vez solo, se dejó caer sobre la cama, mirando al techo. Quería pensar que Adrián estaba equivocado, que Clara sí sentía algo por él. Pero no podía evitar que las dudas se instalaran en su mente.

¿Y si realmente estaba siendo demasiado insistente?

Con esa incómoda pregunta rondándole, cerró los ojos, decidido a intentar algo nuevo: esperar y ver qué pasaba. Si Clara quería estar con él, tendría que dar el siguiente paso.

Capítulo 9: Clara toma la iniciativa

El lunes llegó con la prisa habitual de Madrid, pero para Clara, el día se sentía diferente. Mientras se dirigía a *La Vegana Feliz*, no podía evitar repasar mentalmente los momentos que había compartido con Marcos. Había algo que le rondaba la cabeza desde la tarde en el parque: él siempre había tomado la iniciativa. Desde la primera conversación en la cafetería hasta el beso frente a su portal, Marcos era quien parecía marcar el ritmo. ¿Y si esta vez era su turno?

La idea la hizo sentir algo inquieta, pero también emocionada. Durante el turno de la mañana, mientras preparaba lattes y organizaba bandejas de pastelitos veganos, no pudo evitar planear mentalmente su próximo movimiento.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó Sofía, acercándose con una bandeja en las manos.

—¿Qué cara? —respondió Clara, fingiendo ignorancia.

—Esa cara de “tengo un plan, pero no estoy segura si es buena idea” —replicó Sofía, dejando la bandeja en el mostrador.

Clara suspiró. Sofía siempre la veía venir. —Estoy pensando en llamar a Marcos. Invitarlo a hacer algo.

Sofía levantó una ceja, claramente sorprendida. —Vaya, qué valiente. ¿Qué tienes en mente?

—No lo sé todavía. Algo sencillo, como salir a dar un paseo o tomar algo. —Clara se encogió de hombros—. Solo siento que... no quiero esperar a que él haga todo el trabajo.

Sofía sonrió con aprobación. —Eso me gusta. ¿Y a qué esperas?

Clara miró su móvil, dudando. —Primero terminaré el turno.

—Cobarde —murmuró Sofía, volviendo a la cocina con una sonrisa burlona.

Por la tarde, después de su turno, Clara se sentó en una mesa vacía al fondo de la cafetería con una taza de té delante. El local estaba tranquilo, perfecto para pensar. Finalmente, se armó de valor y buscó el contacto de Marcos en su móvil. Respiró hondo y marcó.

—Hola, Clara —respondió la voz de Marcos después del segundo tono, con ese tono cálido que siempre la hacía sonreír.

—Hola. Espero no interrumpir. ¿Estás ocupado? —preguntó, tratando de sonar casual.

—Nada que no pueda esperar. ¿Qué tal? —respondió él, con curiosidad en su voz.

—Estaba pensando... —Clara dudó un segundo antes de continuar—. ¿Te apetece quedar

mañana? Podríamos dar un paseo o tomar algo. Algo tranquilo.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, lo suficiente como para que Clara se preguntara si había cometido un error. Pero entonces escuchó su respuesta.

—Claro, me encantaría. ¿A qué hora?

Clara sintió un alivio inmediato. —Después de mi turno, sobre las seis. Podemos vernos en el parque de siempre.

—Perfecto. Allí estaré.

Se despidieron y Clara colgó, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. No podía evitar pensar que esta vez las cosas serían diferentes, porque había dado el primer paso. Y aunque no sabía cómo resultaría, estaba decidida a disfrutar del momento.

Al día siguiente, el parque estaba tranquilo, como si el mundo le hubiera preparado el escenario perfecto. Clara llegó unos minutos antes y se sentó en el banco donde solía esperar. Llevaba un libro, aunque sabía que no lo abriría. Su mirada se alzó cada pocos segundos hacia el camino, buscando la figura familiar de Marcos.

Cuando finalmente lo vio acercarse, con esa sonrisa desenfadada y una chaqueta de cuero ligera, supo que había tomado la decisión correcta.

—Hola, Clara —dijo él al llegar, con las manos en los bolsillos.

—Hola, Marcos. —Ella sonrió, levantándose del banco—. ¿Damos un paseo?

—Por supuesto —respondió él, haciendo un gesto para que ella marcara el ritmo.

Caminaron juntos por los senderos del parque, rodeados por el sonido de los pájaros y el suave murmullo del viento entre los árboles. La conversación fluyó con naturalidad, y por primera vez, Clara sintió que no estaba siguiendo el ritmo de Marcos, sino que ambos caminaban al mismo compás.

Cuando finalmente se detuvieron cerca del estanque, Clara miró a Marcos con una sonrisa tímida. —Gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarme —respondió él, mirándola con sinceridad.

Y en ese momento, Clara supo que las cosas estaban cambiando. Pequeños pasos, pero en la dirección correcta.

El estanque reflejaba los últimos rayos del sol mientras Clara y Marcos permanecían de pie, lado a lado. La conversación había derivado hacia temas más personales, y aunque las palabras seguían fluyendo con facilidad, Clara sentía que había algo más que quería decir.

—¿Sabes? —empezó, mirando al agua—. Creo que desde hace tiempo no me sentía tan... cómoda con alguien.

Marcos se giró ligeramente hacia ella, con una mezcla de curiosidad y ternura en la mirada. —¿Cómoda?

Clara asintió, jugando con el borde de la manga de su chaqueta. —Sí, no sé cómo explicarlo. Contigo todo parece fácil. Como si no tuviera que preocuparme por qué decir o cómo actuar. Es como si... simplemente pudiera ser yo misma.

Marcos no respondió de inmediato, pero la forma en que la miraba decía más de lo que las palabras podrían expresar. Finalmente, se acercó un paso y tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Eso es exactamente lo que siento contigo —dijo, su voz baja y sincera—. Desde el principio, todo contigo ha sido diferente. Fácil, pero especial. Y cada vez que estoy contigo, me doy cuenta de cuánto quiero seguir conociéndote.

Clara levantó la mirada, encontrándose con esos ojos verdes que parecían brillar aún más bajo la luz del atardecer. En ese instante, cualquier duda o temor que pudiera haber tenido desapareció. Sin pensarlo demasiado, se inclinó hacia él y lo besó.

El beso fue dulce, lento y lleno de significado, como si ambos estuvieran descubriendo algo nuevo y maravilloso al mismo tiempo. Sus manos seguían entrelazadas, y el mundo a su alrededor pareció detenerse.

Pero justo cuando empezaban a separarse, un grupo de niñas que pasaban cerca las interrumpieron con vítores y aplausos. Clara se giró, sorprendida, y vio a tres pequeñas de unos diez años que las miraban con expresiones de pura diversión.

—¡Eso fue como en las películas! —gritó una de ellas, provocando risas en sus amigas.

Clara sintió que el calor le subía al rostro, pero no pudo evitar reírse. Marcos, por su parte, se pasó una mano por el cabello, claramente divertido.

—Parece que tenemos público —dijo él, mirando a Clara con una sonrisa traviesa.

—Sí, y bastante exigente, al parecer —respondió ella, riéndose mientras las niñas seguían murmurando emocionadas entre ellas.

Cuando el grupo se alejó, dejándolos nuevamente solos, Clara y Marcos se miraron durante un largo momento, aún con las sonrisas en sus rostros.

—Creo que nos hemos ganado un lugar en su lista de momentos memorables —bromeó Clara, todavía sintiendo el eco de la risa en su pecho.

—Definitivamente. Aunque creo que este momento también está en mi lista de favoritos. —Marcos apretó suavemente su mano antes de añadir—: Gracias por ser tan valiente.

—¿Valiente? —repitió Clara, arqueando una ceja.

—Por dar el primer paso, por invitarme hoy, por... esto. —Marcos hizo un gesto hacia el espacio entre ellos.

Clara sonrió, sintiendo una calidez en su pecho que no había sentido en mucho tiempo. —Creo que ha sido la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Ambos permanecieron allí unos minutos más, disfrutando del momento antes de empezar a caminar de regreso, todavía tomados de la mano, como si el mundo entero hubiera cambiado ligeramente para mejor.

Capítulo 10: Explorando nuevas dinámicas

El sábado por la mañana, el sol bañaba Madrid con una luz cálida y clara, como si la ciudad estuviera invitándolos a salir y descubrirla. Clara y Marcos habían planeado pasar el día juntos, alejados de sus rutinas y sumergiéndose en la espontaneidad de una cita improvisada.

Se encontraron en el Mercado de San Fernando, un lugar vibrante lleno de puestos de comida, artesanías y libros de segunda mano. Clara llegó primero, como solía hacer, y deambuló entre los estantes de libros, disfrutando del aroma de las páginas antiguas y el murmullo de las conversaciones a su alrededor. Cuando Marcos apareció, con su sonrisa habitual y una chaqueta ligera, Clara sintió que la calma del mercado adquiría un nuevo matiz.

—¿Te he dicho que este es uno de mis lugares favoritos? —preguntó ella mientras él se acercaba.

—Ahora entiendo por qué. Este lugar tiene de todo —respondió Marcos, mirando alrededor con curiosidad.

—Bueno, no te emociones demasiado. Todavía no hemos llegado a los puestos de comida. —Clara sonrió, señalando hacia la parte trasera del mercado.

Mientras caminaban, se detuvieron en varios puestos. Marcos se interesó especialmente en uno de cómics antiguos, y Clara no pudo evitar burlarse de su entusiasmo.

—¿De verdad necesitas más cómics? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

—¿De verdad necesitas más libros? —respondió él, alzando una ceja mientras señalaba la bolsa que Clara ya llevaba.

Ambos rieron y siguieron explorando. En un puesto de comida, compartieron una empanada de espinacas y un batido tropical, sentándose en un rincón tranquilo para comer. La conversación fluía con facilidad, pero en un momento, Clara se quedó en silencio, mirando su bebida como si estuviera buscando algo en su interior.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcos, inclinándose ligeramente hacia ella.

Clara levantó la mirada, dudando por un instante antes de responder. —Es solo que... no suelo hacer esto. Pasar tanto tiempo con alguien y sentirme tan cómoda.

Marcos sonrió suavemente. —Eso ya lo dijiste una vez. Pero no tienes que explicarte. Estoy feliz de que lo estés disfrutando.

Clara asintió, sintiendo cómo sus nervios se disipaban. —Es extraño, pero en el buen sentido.

—Me alegra oír eso —dijo Marcos, tomando su mano por un momento, un gesto breve pero lleno de significado.

Después del mercado, decidieron caminar por Lavapiés, deteniéndose a admirar los murales y las calles coloridas. En una de las plazas, un grupo de músicos callejeros tocaba una melodía alegre. Marcos, con su usual mezcla de torpeza y encanto, intentó convencer a Clara de bailar, pero ella se negó entre risas.

—Ni lo pienses. Si me haces bailar aquí, esto terminará siendo una tragedia pública.

—¿Tragedia? —Marcos rió—. No creo que seas tan mala.

—No lo soy, pero tampoco soy buena. Mejor lo dejamos así. —Clara lo miró, divertida, y continuaron su paseo.

Más tarde, cuando la tarde empezaba a convertirse en noche, se detuvieron en un pequeño café con mesas al aire libre. Marcos, que había estado hablando de un proyecto en el que trabajaba, se detuvo de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara, notando el cambio en su expresión.

Marcos vaciló antes de responder. —Es solo que a veces me pregunto si debería estar haciendo algo diferente. No sé si este trabajo es realmente lo que quiero a largo plazo.

Clara lo miró con empatía. —¿Y qué sería lo que querrías hacer?

Marcos se encogió de hombros. —Algo que me emocione más, supongo. Algo que me haga sentir que estoy haciendo algo significativo.

Clara asintió lentamente. —Creo que deberías explorar eso. No hay nada peor que quedarse atrapado en algo que no te llena.

Marcos la miró con gratitud. —Gracias. A veces siento que estoy dando vueltas sin dirección, pero contigo... no sé, todo parece más claro.

Clara sonrió, sintiendo que el día había sido mucho más que una simple cita. Había algo en sus conversaciones, en su tiempo juntos, que parecía estar construyendo algo sólido y real. Y aunque no sabía exactamente a dónde los llevaría, estaba dispuesta a seguir adelante, paso a paso, juntos.

Cuando terminaron sus cafés, la noche ya había caído sobre Madrid, pero las calles seguían llenas de vida. Las luces de las farolas y los escaparates iluminaban el camino mientras Clara y Marcos caminaban sin rumbo fijo, disfrutando de la compañía del otro.

—¿Te he contado que cuando era niño quería ser astronauta? —preguntó Marcos de repente, rompiendo el silencio cómodo que los envolvía.

Clara lo miró con una mezcla de sorpresa y diversión. —No, eso sí que no lo sabía. ¿Por qué astronauta?

—No lo sé. Supongo que siempre me ha fascinado la idea de explorar lo desconocido. Aunque, siendo honesto, no estoy seguro de haber superado esa fase. —Marcos sonrió con cierto aire de melancolía—. Tal vez por eso me metí en el desarrollo de videojuegos, para crear mundos que no existen.

Clara se detuvo por un momento, obligándolo a girarse hacia ella. —Eso no suena a alguien que esté dando vueltas sin dirección. Suena a alguien que busca algo significativo, aunque todavía no sepa exactamente qué es.

Marcos la miró, claramente sorprendido por sus palabras. —¿Cómo haces eso?

—¿Hacer qué?

—Decir justo lo que necesito escuchar. —Su voz era suave, casi un susurro.

Clara se encogió de hombros, con una pequeña sonrisa. —Solo te escucho. Creo que tú mismo ya sabes lo que necesitas, pero a veces ayuda que alguien más lo diga en voz alta.

Marcos se quedó mirándola por un momento, como si intentara memorizar cada detalle de su rostro. Luego, sin previo aviso, extendió una mano para apartarle un mechón de cabello que había caído sobre su mejilla. El gesto fue tan natural que Clara no pudo evitar sonreír.

—¿Qué? —preguntó, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—Nada. Es solo que... me gusta esto. —Marcos hizo un gesto que abarcaba el espacio entre ellos—. Nosotros. Pasar tiempo contigo, hablar... Me hace sentir que todo lo demás tiene sentido.

Clara sintió un nudo en el estómago, pero no era de nerviosismo, sino de algo más profundo, más real. —A mí también me gusta esto —admitió, sorprendida por lo fácil que le resultaba ser honesta con él.

Ambos permanecieron en silencio por un momento, pero no era incómodo. Era el tipo de silencio que habla más que las palabras. Finalmente, Marcos rompió el momento con una sonrisa.

—Entonces, ¿me invitas a tu mundo o tengo que seguir construyendo el mío para impresionarte?

Clara rió, golpeándole suavemente el brazo. —Creo que ya lo estás haciendo bastante bien.

Siguieron caminando hasta llegar al portal del edificio de Clara. Esta vez, no hubo necesidad de preguntas ni dudas. Antes de despedirse, Marcos se inclinó y la besó, un beso lleno de la confianza que ambos habían construido durante el día. Cuando se separaron, Clara no pudo evitar sonreír.

—Gracias por hoy. Creo que ha sido mi sábado favorito en mucho tiempo.

—El mío también —respondió Marcos, con esa mezcla de ternura y picardía que ella ya conocía bien.

Clara lo observó mientras se alejaba por la calle, su figura perdiéndose entre las luces de la ciudad. Al subir a su apartamento, se dio cuenta de que ese día no solo había sido diferente, sino que había marcado el inicio de algo importante. Y por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir ilusión por lo que podría venir.

Capítulo 11: Confesiones en el café

El lunes por la tarde, Clara terminó su turno en *La Vegana Feliz* un poco más cansada de lo habitual. El flujo de clientes había sido constante, y aunque disfrutaba de su trabajo, algunos días la agotaban más que otros. A pesar del cansancio, no podía evitar mirar su móvil cada pocos minutos, esperando un mensaje de Marcos.

Cuando finalmente sonó, su corazón dio un pequeño salto. Era un mensaje breve, pero suficiente para iluminar su día.

Marcos: "¿Café después del trabajo? Prometo no hablar de cables esta vez."

Clara sonrió mientras escribía su respuesta. "**Hecho. ¿En el sitio de siempre?**"

El "sí" de Marcos llegó en cuestión de segundos, y Clara se encontró caminando hacia el pequeño café donde habían tenido su primera salida oficial. Al llegar, lo vio sentado en una mesa cerca de la ventana, jugando con una servilleta entre los dedos. Su expresión se iluminó al verla.

—Hola —dijo Marcos, poniéndose de pie para saludarla.

—Hola —respondió Clara, sentándose frente a él.

El camarero se acercó rápidamente, y ambos pidieron sus bebidas antes de que la conversación comenzara. Como siempre, hablar con Marcos era fácil, pero esa tarde había algo diferente en el aire, una sensación de que ambos estaban dando pequeños pasos hacia algo más profundo.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó Clara mientras removía el azúcar en su té.

—Normal, pero ahora está mucho mejor —respondió Marcos con una sonrisa. Luego, añadió—: Aunque, si soy honesto, he estado pensando en algo todo el día.

Clara levantó la vista, intrigada. —¿Qué cosa?

Marcos tomó un sorbo de su café antes de responder. —En nosotros. En cómo todo esto ha cambiado mi rutina de maneras que no esperaba.

Clara se quedó en silencio, dándole espacio para que continuara.

—No sé cómo explicarlo —dijo él, jugando con la taza—. Pero desde que nos conocimos, siento que cada día tiene un propósito diferente. Es como si, de repente, las cosas pequeñas importaran más.

Clara sintió un calor en el pecho ante sus palabras. —Yo también lo siento así. Pero... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. A veces me asusta un poco. Todo está yendo tan bien que no puedo evitar pensar que algo podría salir mal.

Marcos frunció el ceño, claramente sorprendido. —¿Por qué piensas eso?

Clara suspiró. —Supongo que es mi forma de protegerme. Cuando algo es demasiado bueno, siempre pienso que hay una trampa.

Marcos extendió una mano sobre la mesa, colocando la suya encima de la de Clara. —No hay trampa. Solo somos dos personas intentando hacer algo bonito.

Clara lo miró, conmovida por su sinceridad. —Gracias. No sabes cuánto necesitaba escuchar eso.

Marcos sonrió, apretando suavemente su mano. —Siempre que lo necesites, aquí estaré para recordártelo.

La conversación cambió de tono después de eso, volviéndose más ligera. Hablaron de películas, de lugares que les gustaría visitar y de cómo sería pasar un día sin teléfonos móviles. Clara no podía evitar notar cómo Marcos tenía la habilidad de hacerla reír incluso en los días más grises.

Cuando finalmente se despidieron frente al café, Marcos la abrazó con fuerza antes de decir adiós. Mientras caminaba de regreso a casa, Clara se dio cuenta de que sus miedos comenzaban a desvanecerse poco a poco. Quizás, esta vez, las cosas realmente estaban destinadas a salir bien.

Capítulo 12: Una invitación inesperada

El miércoles por la tarde, Clara salía de la cafetería cuando su móvil vibró en el bolsillo. Pensó que sería Sofía enviándole otro de sus habituales memes absurdos, pero al mirar la pantalla, se dio cuenta de que era un mensaje de Marcos.

Marcos: "¿Qué haces este viernes por la noche? No es una cita, lo prometo. Bueno, tal vez un poco."

Clara sonrió, deteniéndose en mitad de la calle para responder.

Clara: "Depende. ¿Qué tienes en mente? ¿Otra aventura en el metro?"

La respuesta llegó casi de inmediato.

Marcos: "Una fiesta. Mi amigo Adrián la organiza. No es nada formal, solo música y gente interesante. ¿Te animas?"

Clara se quedó pensativa. No era su idea típica de un viernes, pero había algo tentador en la propuesta. Finalmente, escribió:

Clara: "Está bien. Pero si hay karaoke, no me pidas cantar."

Marcos: "Hecho. Nos vemos a las ocho. Paso por ti."

Cuando el viernes llegó, Clara estaba más nerviosa de lo que le gustaba admitir. Había escogido un vestido sencillo pero favorecedor, con botas negras que le daban un toque casual. Mientras se miraba en el espejo, no podía evitar pensar en lo mucho que había cambiado su rutina desde que Marcos apareció en su vida.

A las ocho en punto, el timbre de su apartamento sonó. Al abrir la puerta, lo encontró de pie con una chaqueta de cuero y una sonrisa que hacía que los nervios de Clara se esfumaran de inmediato.

—Hola. Estás... increíble —dijo Marcos, claramente impresionado.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —respondió Clara con una sonrisa juguetona.

El trayecto hacia la fiesta fue agradable, con ambos conversando sobre cualquier cosa que les viniera a la mente. Cuando llegaron al apartamento de Adrián, Clara notó que el lugar tenía una vibra relajada, con luces cálidas y música suave de fondo. Las personas se movían entre risas y charlas animadas, y el ambiente parecía perfecto para relajarse.

—¡Marcos! —Adrián apareció desde el fondo de la sala, levantando una copa en señal de bienvenida. Era un tipo alto y delgado, con una barba descuidada y una energía contagiosa—. ¿Y esta belleza quién es?

—Adrián, ella es Clara. Clara, este desastre es Adrián —dijo Marcos, haciendo los honores.

Adrián le dio la mano a Clara con una sonrisa traviesa. —Un placer conocerte. Espero que Marcos no haya sido demasiado insistente al convencerte de venir.

—Fue bastante persuasivo, pero en el buen sentido —respondió Clara, sintiéndose sorprendentemente cómoda.

La noche avanzó con fluidez. Clara conoció a varios amigos de Marcos, todos con personalidades diferentes y vibrantes. Sin embargo, lo que más disfrutó fue observar cómo Marcos se desenvolvía entre ellos: relajado, divertido y claramente querido por todos. Era como ver una faceta de él que no había conocido del todo.

En un momento, mientras compartían un sofá en una esquina de la sala, Clara se inclinó hacia él.

—No te lo había dicho antes, pero me alegra que me hayas invitado.

Marcos la miró con una calidez que hizo que su corazón diera un vuelco. —Y a mí me alegra que hayas venido. Aunque, para ser honesto, estaba un poco nervioso.

—¿Tú? ¿Nervioso? —preguntó Clara, divertida.

—Bueno, sí. No quería presionarte. Pero creo que estamos encontrando nuestro ritmo, ¿no?

Clara asintió, sintiendo que sus palabras eran ciertas. Y mientras el murmullo de la fiesta continuaba a su alrededor, supo que ese era otro momento que quedaría grabado en su memoria.

Mientras la noche avanzaba, Clara y Marcos se separaron brevemente. Marcos fue a buscar algo de beber, mientras Clara exploraba la sala, admirando los cuadros abstractos que decoraban las paredes. Justo cuando se detuvo frente a una pintura llena de colores vibrantes, sintió una voz familiar detrás de ella.

—Clara López. No puede ser.

Clara se giró y se encontró cara a cara con Lucas, un antiguo compañero de universidad. Su sorpresa fue evidente; no lo había visto en años.

—¡Lucas! —exclamó, sonriendo—. ¿Qué haces aquí?

—Vivo en este edificio —respondió Lucas, sosteniendo una copa de vino—. Adrián es un amigo reciente, pero no esperaba verte aquí. ¿Sigues con lo de la literatura?

—Sí, más o menos. Bueno, en realidad estoy estudiando a distancia ahora. ¿Y tú? —preguntó, sintiéndose extrañamente cómoda a pesar de la repentina aparición.

—Trabajando en una editorial. No es emocionante, pero me mantiene ocupado. —Lucas

sonrió antes de añadir—: Siempre pensé que tú serías la que terminaría publicando algo. Tenías un talento increíble.

Clara se sintió halagada, aunque un poco incómoda por el rumbo de la conversación. —Gracias, aunque últimamente no he escrito mucho.

Lucas asintió, pero su expresión dejó entrever algo más. —Bueno, si alguna vez necesitas ayuda o contactos en la industria, dímelo. Me encantaría ver qué tienes.

Antes de que Clara pudiera responder, sintió una mano en su cintura. Marcos había regresado con dos copas y una expresión indescifrable en su rostro.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Marcos, entregándole una de las copas a Clara.

—Sí, claro. Marcos, este es Lucas, un antiguo compañero de la universidad. Lucas, él es Marcos. —Clara hizo las presentaciones, notando la ligera tensión entre ambos.

Lucas extendió la mano, y Marcos la estrechó, aunque su sonrisa parecía algo forzada.

—Un placer, Marcos. Bueno, Clara, espero que volvamos a coincidir. Ya sabes dónde encontrarme. —Lucas hizo un gesto hacia su copa y se alejó, dejándolos solos.

Clara giró hacia Marcos, quien estaba tomando un sorbo de su bebida con un aire distraído.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Sí, todo bien. Solo que no sabía que eras tan popular. —Marcos esbozó una sonrisa que intentaba ser relajada, pero sus ojos lo delataban.

Clara dejó escapar una risa, dándose cuenta de lo que pasaba. —¿Estás celoso?

—¿Yo? No. —Marcos negó con la cabeza, pero luego se encogió de hombros—. Bueno, tal vez un poco. Ese tipo parecía demasiado interesado.

Clara negó, divertida. —Lucas es solo un conocido del pasado. No tienes nada de qué preocuparte.

Marcos dejó la copa en una mesa cercana y la miró directamente a los ojos. —Lo sé. Pero, por si acaso, quería dejar claro que no me gusta la idea de que alguien más intente robar mi atención.

Clara sintió que su corazón se aceleraba. Había algo en la forma en que lo dijo, con una mezcla de vulnerabilidad y confianza, que la desarmó.

—Tu atención está bastante segura conmigo —respondió ella, poniéndose de puntillas para besarle la mejilla.

Marcos sonrió, más relajado. —Gracias por decir eso. Ahora, ¿qué te parece si volvemos al sofá antes de que otro Lucas aparezca de la nada?

Ambos rieron y regresaron al rincón que habían reclamado antes. Mientras hablaban y se sumergían nuevamente en la comodidad de su dinámica, Clara no podía evitar sentir que esa noche, aunque no había comenzado como algo especial, se estaba convirtiendo en un punto de inflexión para ellos.

Capítulo 13: Las palabras que nunca dije

El domingo por la mañana, Clara se despertó con el sonido suave de la lluvia golpeando contra la ventana. A pesar de ser uno de sus días libres, se sentía inquieta. La noche en la fiesta había sido divertida, pero el inesperado encuentro con Lucas y la reacción de Marcos habían dejado una ligera turbulencia en su mente. ¿Por qué la incomodaba tanto que Marcos se mostrara celoso? ¿Acaso porque temía que no confiara lo suficiente en ella? ¿O porque eso significaba que las cosas entre ellos empezaban a volverse más serias?

Decidida a despejarse, preparó un café fuerte y se sentó en el sofá con su libreta. Hacía meses que no escribía, pero las emociones que bullían en su interior le pedían a gritos un escape. Al principio, las palabras salieron con torpeza, pero poco a poco las frases cobraron vida, hilando ideas sobre los pequeños momentos que compartía con Marcos y cómo habían transformado su rutina.

Por la tarde, Marcos la sorprendió con un mensaje inesperado:

Marcos: "¿Te apetece salir a dar un paseo? Prometo que esta vez no habrá fiestas ni conocidos del pasado."

Clara sonrió ante el tono juguetón del mensaje y respondió rápidamente:

Clara: "Por supuesto. ¿Dónde quedamos?"

Marcos: "Paso por tu casa en 20 minutos. Ponte algo cómodo, creo que tengo un lugar perfecto en mente."

Media hora después, Clara se encontró con Marcos frente a su edificio. Vestía una chaqueta de lluvia y zapatillas deportivas, y llevaba una mochila ligera en la espalda.

—¿A dónde vamos? —preguntó Clara, mientras se ajustaba la capucha.

—Es una sorpresa —respondió él, guiñándole un ojo.

Caminaron por las calles húmedas de Madrid hasta llegar a un parque tranquilo que Clara no recordaba haber visitado antes. A pesar de la ligera llovizna, el lugar tenía un aire mágico. Los árboles, altos y majestuosos, parecían susurrar con el viento, y los senderos empedrados llevaban a rincones escondidos llenos de bancos y pequeñas fuentes.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó Clara, mirando a su alrededor con asombro.

—Es uno de mis refugios cuando necesito pensar —respondió Marcos, deteniéndose junto a un banco cubierto por un frondoso árbol. —Quería compartirlo contigo.

Se sentaron juntos, y por un rato, el sonido de la lluvia y las hojas fue el único que los acompañó. Clara sentía que había algo en el aire, algo que Marcos quería decir pero no encontraba las palabras.

—¿Todo bien? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

Marcos respiró hondo antes de hablar. —Sí, todo bien. Es solo que... he estado pensando mucho desde anoche.

Clara lo miró con atención, esperando a que continuara.

—A veces siento que me esfuerzo demasiado por hacer que esto funcione, porque realmente me importa. Y anoche, cuando apareció ese tipo, Lucas, no pude evitar sentir que... tal vez no soy suficiente. —Marcos bajó la mirada, como si le costara admitirlo.

Clara sintió un nudo en el pecho al escucharlo. Tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de él. —Marcos, no tienes que esforzarte tanto. Estás siendo tú, y eso es suficiente para mí. Lucas es solo una persona del pasado, alguien que no significa nada comparado con lo que estamos construyendo.

Marcos levantó la mirada, encontrando la sinceridad en sus ojos. —Gracias por decir eso. A veces, mi cabeza me juega malas pasadas.

Clara sonrió suavemente. —Todos tenemos nuestras dudas. Pero quiero que sepas que estoy aquí porque quiero estarlo. No hay nadie más con quien prefiera compartir todo esto.

El silencio que siguió no fue incómodo; estaba lleno de comprensión. Marcos apretó su mano y se inclinó hacia ella, besándola con una dulzura que hablaba más que cualquier palabra. La lluvia continuaba cayendo suavemente, pero ninguno de los dos parecía notarlo.

Por primera vez, ambos sintieron que habían encontrado un equilibrio, un espacio seguro donde podían ser ellos mismos sin miedo a fallar. Y mientras el día se desvanecía lentamente, Clara supo que este era otro de esos momentos que recordaría para siempre.

Capítulo 14: Una decisión inesperada

El martes por la tarde, Clara estaba organizando la barra en *La Vegana Feliz* cuando recibió un mensaje de Marcos. Era breve, directo, pero lo suficiente para inquietarla:

Marcos: "¿Puedes quedar esta noche? Necesito contarte algo."

Clara leyó el mensaje varias veces, preguntándose qué podría ser tan importante. ¿Sería algo relacionado con su trabajo? ¿O algo entre ellos? Intentó no dejarse llevar por la ansiedad y respondió:

Clara: "Claro. ¿A qué hora?"

Marcos: "A las siete. En el parque de siempre."

Cuando llegó la hora, Clara se dirigió al parque, sintiendo el peso de la incertidumbre con cada paso. Marcos ya estaba allí, sentado en su banco habitual. Parecía estar en su mundo, mirando el estanque con una expresión seria.

—Hola —dijo Clara al llegar, intentando sonar relajada.

Marcos se levantó, esbozando una sonrisa que no alcanzó a sus ojos. —Hola. Gracias por venir.

Se sentaron juntos, y Clara esperó a que él hablara. Marcos tomó aire antes de soltarlo todo de golpe.

—Me ofrecieron un puesto en una empresa en Barcelona. Es un proyecto increíble, algo con lo que siempre soñé trabajar. Pero... —Hizo una pausa, mirando sus manos—. No sé si quiero dejar todo esto aquí. No sé si quiero dejarte.

Clara sintió cómo su corazón se aceleraba. No era la conversación que había imaginado, pero tampoco era una sorpresa completa. Había notado la pasión de Marcos por su trabajo, y ahora se enfrentaban a algo que pondría a prueba lo que estaban construyendo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó finalmente, con la voz más firme de lo que esperaba.

Marcos la miró, con una mezcla de emoción y preocupación en su rostro. —No lo sé. Quiero quedarme, pero también sé que sería una gran oportunidad. No quiero arrepentirme, pero tampoco quiero perder lo que tenemos.

Clara tomó su mano, apretándola suavemente. —Marcos, entiendo lo importante que es esto para ti. Y quiero que hagas lo que te haga feliz, incluso si significa que tenemos que encontrar una forma de adaptarnos.

Él la miró con intensidad. —¿Crees que podríamos hacerlo? ¿La distancia?

Clara no respondió de inmediato. Sabía que sería difícil, pero también sabía que lo que tenían valía la pena intentarlo. Finalmente, asintió. —Creo que sí. Pero solo si ambos estamos dispuestos a trabajar en ello.

Marcos dejó escapar un suspiro de alivio, como si una carga enorme hubiera sido levantada de sus hombros. —Gracias. No sabes cuánto significa para mí que pienses así.

—No tienes que agradecerme. Solo quiero que seas feliz. —Clara sonrió, pero por dentro sabía que este sería un desafío como ninguno que habían enfrentado antes.

La conversación continuó durante un rato, con ambos compartiendo ideas sobre cómo podrían manejar la distancia si Marcos aceptaba el puesto. Aunque las dudas seguían presentes, también lo estaba la certeza de que querían intentarlo.

Cuando se despidieron esa noche, Clara sintió que, aunque el futuro era incierto, estaban más unidos que nunca. Y mientras caminaba de regreso a casa, se prometió a sí misma que haría todo lo posible para mantener esa conexión, sin importar dónde estuviera Marcos.

Capítulo 15: Charla de confesiones

El miércoles por la tarde, el turno en *La Vegana Feliz* estaba llegando a su fin. Clara y Sofía se encontraban en la cocina, organizando los últimos detalles antes de cerrar. El ambiente era relajado, con la música de fondo de una lista de reproducción de clásicos indie llenando el aire. Sofía, sin embargo, parecía estar analizando algo, como si tuviera una bomba lista para soltar.

—Oye, Clara —empezó Sofía, mientras guardaba unos paquetes de café en la estantería—. ¿Puedo preguntarte algo sin que te pongas a la defensiva?

Clara arqueó una ceja, intrigada. —Eso depende de qué tan incómoda sea la pregunta.

Sofía se giró para mirarla, cruzando los brazos. —¿No crees que estás yendo demasiado rápido con Marcos?

La pregunta cayó como una piedra en el agua. Clara se quedó quieta, procesando lo que su amiga acababa de decir. —¿Demasiado rápido? ¿En qué sentido?

—Pues... Mira, no me malinterpretes, me encanta cómo hablas de él. Pareces feliz, y eso es genial. Pero es como si ya estuvieran hablando de superar la distancia, de proyectos de vida, y aún ni siquiera han tenido sexo. —Sofía hizo un gesto amplio con las manos, enfatizando sus palabras—. ¿Qué pasa si no son compatibles en ese aspecto?

Clara sintió cómo el calor le subía al rostro. —Sofía, ¡eso no es algo que puedas saber tan rápido!

—Exacto. Y ese es mi punto. —Sofía se acercó, apoyándose en la barra—. Escucha, no digo que el sexo sea lo único importante, pero es una parte grande de una relación. ¿No tienes curiosidad? ¿No quieres saber si realmente conectan también ahí?

Clara evitó su mirada por un momento, jugueteando con un vaso vacío. Finalmente, dejó escapar un suspiro. —Sí, claro que quiero saber. La verdad es que... estoy deseando que pase. Es solo que no sé cómo sacar el tema, ni cuándo es el momento adecuado.

Sofía sonrió, con una mezcla de comprensión y diversión. —Eso es lo que me gusta de ti, Clara. Eres tan tranquila, pero cuando se trata de estas cosas, te complicas más de la cuenta. ¿Qué estás esperando? ¿Un cartel luminoso que diga “AHORA”?

Clara se rió, aliviada por el tono ligero de su amiga. —No, pero tampoco quiero que sea algo apresurado. Quiero que sea especial.

—Y lo será, porque claramente te importa. —Sofía puso una mano en su hombro—. Pero escucha, no necesitas esperar tanto. Si sientes que es el momento, háblalo con él. Estoy segura de que Marcos estará en la misma página. Solo no te detengas por miedo.

Clara asintió, sintiendo que el nudo en su estómago se aflojaba un poco. —Gracias, Sofía.

Creo que necesitaba escuchar eso.

—Para eso estoy yo. Además, si resulta que es un desastre en la cama, siempre puedes volver aquí a llorar con un café y un pastel. —Sofía le guiñó un ojo, arrancándole otra risa.

Mientras cerraban la cafetería y salían al fresco de la noche, Clara no podía evitar pensar en las palabras de su amiga. Quizá Sofía tenía razón. Quizá era hora de dejar de complicarse y simplemente confiar en lo que sentía. Y lo que sentía era claro: estaba lista para dar el siguiente paso con Marcos. Solo necesitaba encontrar el momento adecuado.

Sofía, siempre lista para añadir un toque de humor a cualquier situación, no dejó que el tema muriera tan fácilmente mientras caminaban juntas hacia la parada del metro.

—¿Sabes? Podrías plantearlo como un juego. Algo como “oye, ¿quieres venir a mi casa a comprobar si somos sexualmente compatibles?” —dijo Sofía, moviendo las cejas de manera exagerada.

Clara se detuvo en seco y la miró, horrorizada y divertida al mismo tiempo. —¡Ni de broma! ¿Qué clase de consejo es ese?

Sofía alzó las manos, defendiendo su idea. —Oye, solo estoy diciendo que a veces hay que ser directa. Los hombres no siempre captan las señales sutiles.

Clara negó con la cabeza, riéndose. —No voy a decirle eso. Quiero que sea especial, no un chequeo técnico.

—Bueno, eso depende. —Sofía se giró hacia ella con una sonrisa traviesa—. ¿Y si resulta que tiene una puntuación perfecta en compatibilidad? Sería como ganar la lotería emocional y física al mismo tiempo.

Clara no pudo evitar soltar una carcajada. —De verdad, no sé cómo haces para convertir todo en un chiste.

—Es mi superpoder —respondió Sofía, encogiéndose de hombros—. Pero hablando en serio, Clara, tú lo tienes claro. No necesitas mi bendición ni la de nadie. Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer. Aunque... —Hizo una pausa, mirándola con fingida seriedad—. Si quieres que me quede cerca por si necesitas un salvavidas, puedo esperar afuera con un café y un cronómetro.

—¡Sofía! —exclamó Clara, riéndose tanto que tuvo que detenerse para recuperar el aliento.

—Lo digo en serio. Es más, podría organizarte una playlist para ambientar el momento. Algo entre romántico y sensual. ¿Qué te parece? ¿Sade? ¿O algo más moderno, como The Weeknd?

Clara cubrió su rostro con las manos, todavía riéndose. —Eres imposible.

Sofía le dio una palmada en el hombro, sonriendo ampliamente. —Lo sé, pero me quieres así. Ahora, vete a casa, reflexiona, y la próxima vez que veas a Marcos, actúa. O al menos mándale una señal más clara que un “¿te apetece un café?”.

Clara sacudió la cabeza mientras subía las escaleras hacia su edificio, todavía sonriendo por las ocurrencias de Sofía. Y aunque el tema seguía siendo un poco incómodo para ella, no podía negar que su amiga tenía razón en algo: cuando llegara el momento, lo sabría. Y mientras tanto, quizá podría empezar a pensar en una playlist... aunque definitivamente *Sade* estaba descartado.

Capítulo 16: La chispa inesperada

El jueves por la noche, Clara estaba en su apartamento, tumbada en el sofá con un libro en las manos. O, al menos, lo intentaba. Había leído la misma página tres veces, incapaz de concentrarse. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Marcos, a las palabras de Sofía, y a esa sensación de anticipación que la había estado acompañando los últimos días.

Estaba pensando en si debería llamarlo cuando su móvil vibró en la mesa. Era un mensaje de Marcos.

Marcos: "¿Estás libre ahora? Me encantaría verte."

Clara sonrió, sintiendo cómo el corazón le latía un poco más rápido. No dudó mucho antes de responder:

Clara: "Claro, ¿vienes aquí?"

Marcos: "En camino. Llevo pizza, por si no has cenado."

Clara dejó el libro a un lado y se levantó rápidamente. Mientras esperaba, intentó asegurarse de que todo estuviera en orden. Encendió unas velas aromáticas, ordenó un poco y eligió una playlist que tenía un aire relajado pero alegre. A los pocos minutos, el timbre sonó.

Marcos apareció en la puerta con una sonrisa y una caja de pizza en las manos. Vestía una camiseta gris que dejaba entrever los músculos de sus brazos y unos vaqueros desgastados. Clara no pudo evitar notar lo increíblemente guapo que estaba, incluso en su simplicidad.

—Hola —dijo él, entregándole la pizza como si fuera un tesoro.

—Hola. Adelante, pasa. —Clara le dejó espacio para entrar, cerrando la puerta tras él.

Se instalaron en el sofá, con la pizza y un par de cervezas que Clara había sacado del frigorífico. Al principio, la conversación fue ligera, salpicada de risas y bromas. Marcos contó una anécdota sobre un colega suyo que había confundido un cable de red con una cuerda para saltar, y Clara casi escupió su cerveza de la risa.

Pero a medida que avanzaba la noche, la atmósfera cambió. Las risas dieron paso a un silencio cómodo, y ambos parecían conscientes de que algo estaba a punto de ocurrir.

—¿Sabes? —dijo Marcos, rompiendo el silencio mientras jugaba con la etiqueta de su botella—. Me encanta pasar tiempo contigo. No importa qué estemos haciendo, siempre me siento bien cuando estoy aquí.

Clara lo miró, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. —Yo siento lo mismo. Contigo todo es... fácil. Pero también emocionante.

Marcos dejó la botella en la mesa y se inclinó hacia ella, acercándose lo suficiente como

para que Clara sintiera el calor de su cuerpo. —No sé cómo lo haces, pero siempre consigues desordenar mi cabeza. Y, sinceramente, me encanta.

Clara no respondió con palabras. En lugar de eso, cerró la distancia entre ellos y lo besó. Fue un beso lento, lleno de intención y cargado de emociones. Marcos respondió con la misma intensidad, pasando una mano por su mejilla mientras la otra se apoyaba en su cintura.

El mundo a su alrededor pareció desvanecerse, dejando solo el sonido de sus respiraciones y el suave eco de la música de fondo. Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sonriendo, como si compartieran un secreto que nadie más podía entender.

—¿Qué tal la pizza? —bromeó Marcos, intentando aliviar la tensión del momento.

Clara rió suavemente, apoyando su frente contra la de él. —Creo que olvidé que estaba ahí.

—Entonces supongo que estoy haciendo bien mi trabajo —dijo él, besándola de nuevo, esta vez con más confianza.

La noche prometía mucho más, y aunque ninguno de los dos lo dijo en voz alta, ambos sabían que ese era un paso que estaban listos para dar.

Mientras los besos se volvían más profundos, el ambiente en el apartamento de Clara se llenaba de una mezcla de electricidad y calidez. Sus manos comenzaron a explorar con timidez al principio, pero poco a poco la confianza se hizo evidente en cada caricia. Marcos, que siempre tenía una broma en la punta de la lengua, parecía perdido en el momento, su concentración completamente enfocada en Clara.

Clara se inclinó hacia atrás, tirando de Marcos para que la siguiera mientras ambos quedaban recostados en el sofá. Las luces suaves de las velas proyectaban sombras danzantes en las paredes, y la música de fondo parecía sincronizarse con el ritmo de sus movimientos.

—¿Estás segura? —preguntó Marcos en un susurro, deteniéndose lo suficiente para mirarla directamente a los ojos.

Clara asintió, con una sonrisa tranquila y segura. —Muy segura.

Marcos la besó de nuevo, esta vez con una ternura que parecía decir más de lo que las palabras podían expresar. Mientras sus manos recorrían sus cuerpos, Clara sintió que todas sus dudas y reservas se desvanecían. Había algo en la manera en que Marcos la tocaba, con cuidado pero con pasión, que hacía que todo pareciera natural y correcto.

—Podríamos ir a un lugar más cómodo —sugirió Clara con una sonrisa, señalando con la cabeza hacia su habitación.

—Buena idea. Aunque este sofá tiene su encanto —bromeó Marcos, arrancándole una risa antes de ayudarla a levantarse.

Se dirigieron a la habitación, y Clara encendió una pequeña lámpara junto a la cama, dejando el espacio bañado por una luz suave. Mientras se acercaban de nuevo, Marcos se detuvo un momento para mirarla.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —dijo, su voz baja y llena de admiración.

Clara sintió un calor recorrerle el cuerpo, no solo por las palabras, sino por la sinceridad con la que las había dicho. —Tú también lo eres —respondió, acercándose para besarle de nuevo.

Lo que siguió fue una danza de movimientos cuidadosos pero apasionados. Marcos era atento, pendiente de cada reacción de Clara, asegurándose de que ella estuviera cómoda y disfrutando cada momento. Por su parte, Clara se sorprendió de lo natural que se sentía estar con él, como si todo hubiera llevado a ese instante.

La conexión entre ellos iba más allá de lo físico. Había algo emocional, un entendimiento silencioso que hacía que cada gesto tuviera un peso especial. Las risas suaves y los suspiros llenaron la habitación, creando un recuerdo que ambos sabían que guardarían para siempre.

Cuando finalmente se quedaron en silencio, recostados lado a lado, Marcos pasó un brazo alrededor de Clara, atrayéndola hacia él. Ninguno de los dos habló al principio, disfrutando de la comodidad del momento.

—¿Sabes? Creo que el sofá habría sido una mala idea —dijo Marcos de repente, rompiendo el silencio con su tono juguetón.

Clara rió, escondiendo el rostro contra su pecho. —Definitivamente. Aunque no hubiera importado demasiado.

Marcos la abrazó más fuerte, besando su cabello. —Gracias por esto. Por confiar en mí.

Clara levantó la mirada, encontrándose con sus ojos verdes. —Gracias a ti. Por hacerme sentir tan... bien.

Ambos se quedaron en silencio nuevamente, pero esta vez no había dudas ni tensiones. Solo una calma absoluta que confirmaba que habían dado el paso correcto, juntos.

Capítulo 17: Caminos cruzados

La mañana siguiente, Clara despertó con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Durante unos segundos, todo parecía un sueño. Pero al girar la cabeza y ver a Marcos dormido a su lado, con el cabello revuelto y una expresión tranquila en su rostro, la realidad se sintió mejor que cualquier sueño.

No quería despertarlo, así que se levantó con cuidado y fue a la cocina a preparar café. Mientras esperaba que el agua hirviera, no pudo evitar sonreír al recordar la noche anterior. Había sido todo lo que había esperado y más: tierno, divertido y, sobre todo, significativo.

Cuando regresó con dos tazas de café, Marcos ya estaba despierto, sentado en la cama con una expresión soñolienta pero feliz.

—Buenos días —dijo él, aceptando la taza que le ofrecía.

—Buenos días —respondió Clara, sentándose a su lado.

Ambos bebieron en silencio por un momento, disfrutando de la calma de la mañana. Pero Clara sabía que había algo en el aire, una conversación que tarde o temprano tendrían que abordar.

—¿Has decidido qué harás sobre el trabajo en Barcelona? —preguntó finalmente, mirando su taza en lugar de a él.

Marcos dejó la suya en la mesita de noche y suspiró. —He estado pensando mucho en eso. Y después de lo de anoche... tengo aún más claro que no quiero tomar esta decisión sin ti.

Clara levantó la vista, sorprendida. —¿Qué quieres decir?

—Quiero que me acompañes —respondió Marcos con una mezcla de firmeza y vulnerabilidad—. No estoy diciendo que sea mañana mismo, pero... si decides que podemos hacerlo juntos, me encantaría que consideraras la posibilidad.

El corazón de Clara dio un vuelco. La idea de dejar Madrid, su trabajo, su rutina... era abrumadora. Pero al mismo tiempo, no podía imaginar un futuro sin Marcos.

—No sé qué decir —admitió, sintiendo una mezcla de emoción y miedo.

—No tienes que decir nada ahora. Solo quiero que lo pienses. Y si decides que no es lo mejor para ti, lo entenderé. Pero quiero que sepas que esto es importante para mí. Para nosotros. —Marcos la miró con tanta sinceridad que Clara sintió que las dudas se disipaban ligeramente.

Asintió lentamente. —Lo pensaré. Pero necesito tiempo.

—Todo el tiempo que necesites —respondió Marcos, tomando su mano y apretándola suavemente.

El resto de la mañana transcurrió con una tranquilidad inesperada. Marcos se fue poco después, prometiendo que no la presionaría. Clara pasó el día reflexionando, hablando consigo misma mientras organizaba libros y limpiaba su pequeño apartamento.

Por la tarde, decidió llamar a Sofía.

—¿Te apetece un café? Necesito tu perspectiva en algo.

Sofía, siempre lista para escuchar, accedió sin dudarle. Se encontraron en una terraza cerca de *La Vegana Feliz*, y después de los saludos de rigor, Clara no perdió tiempo en contarle la propuesta de Marcos.

—¿Qué opinas? —preguntó finalmente, mordiéndose el labio.

Sofía la miró fijamente, como si estuviera sopesando cada palabra. —Creo que es una decisión grande. Pero la pregunta que debes hacerte es: ¿Quieres estar con él? ¿Estés donde estés?

Clara suspiró. —Eso es lo que me asusta. Quiero estar con él, pero tengo miedo de dejar todo atrás y luego arrepentirme.

Sofía sonrió suavemente. —Clara, no creo que te arrepientas de seguir tu corazón. Pero también creo que necesitas asegurarte de que esta decisión sea tan buena para ti como lo es para él.

Clara asintió, sabiendo que Sofía tenía razón. Esa noche, mientras se tumbaba en la cama, decidió que hablaría con Marcos pronto. Sabía que la decisión no sería fácil, pero lo que tenían juntos valía la pena intentarlo.

Clara tamborileó los dedos contra su taza de café, su mente todavía un torbellino. Miró a Sofía, buscando algún indicio de que su amiga pudiera tener una solución mágica a todo esto.

—¿Y si lo arriesgo todo y luego no funciona? —preguntó finalmente, dejando salir la duda que había estado rondándola.

Sofía tomó un sorbo de su café, tomándose su tiempo antes de responder. —Mira, Clara, no hay garantías en esto. Ni en el amor, ni en la vida. Pero, ¿qué prefieres? ¿Quedarte aquí pensando en lo que pudo haber sido, o intentarlo y ver qué pasa?

Clara suspiró, recostándose en la silla. Sabía que Sofía tenía razón. Su amiga siempre tenía una forma de reducir los problemas a su esencia más simple.

—Además —continuó Sofía con una sonrisa juguetona—, si decides irte a Barcelona, ya tienes una buena excusa para empezar de nuevo. Podrías encontrar otro trabajo, quizás una editorial. Tal vez hasta tengas tiempo para escribir. A veces un cambio es justo lo que necesitamos.

—¿Y si no encajo en su mundo? ¿Y si resulta que vivir juntos, o estar más cerca, nos complica en lugar de unirnos? —insistió Clara, mordiéndose el labio.

Sofía apoyó su codo en la mesa, mirándola fijamente. —Clara, tú no encajas en su mundo. Tú creas un mundo con él. ¿No es eso lo que has estado haciendo hasta ahora?

La pregunta golpeó a Clara como un cubo de agua fría. Era cierto. Desde el intercambio accidental de mochilas, cada paso que habían dado juntos había sido una construcción compartida. Pero eso no hacía que el salto pareciera menos aterrador.

—Supongamos que voy a Barcelona —dijo Clara, dejando salir un pensamiento en voz alta—. ¿Cómo sé si esto es lo correcto? No quiero depender de él para todo.

—No lo harás —dijo Sofía, con firmeza—. Tú eres tú, Clara. Marcos es una gran parte de esto, pero no será todo. Tú decides quién eres, qué haces y cómo vives. Y, oye, si necesitas un recordatorio, siempre puedes llamarme. Soy excelente dando consejos, por si no lo has notado. —Le guiñó un ojo.

Clara no pudo evitar reír, sintiendo que la nube en su mente se despejaba ligeramente. La conversación con Sofía había sido justo lo que necesitaba: una mezcla de pragmatismo y cariño.

Cuando terminaron su café, Sofía la miró con esa sonrisa traviesa que Clara ya conocía demasiado bien.

—¿Sabes? Si decides quedarte, igual puedo presentarte a alguien interesante. No digo que sea tan guapo como Marcos, pero tiene su encanto.

Clara la miró, arqueando una ceja. —Sofía, por favor, no empieces.

—¿Qué? Solo estoy diciendo que las opciones siempre están abiertas. Pero, sinceramente, creo que ya sabes qué vas a hacer. Solo necesitas decírtelo a ti misma.

Mientras se despedían en la puerta del café, Clara se dio cuenta de que Sofía tenía razón en algo más: la respuesta estaba dentro de ella. No podía seguir dejando que el miedo definiera sus decisiones. Y aunque todavía no sabía cómo se lo diría a Marcos, sabía que estaba más cerca de descubrirlo.

Capítulo 18: El momento de decidir

El viernes por la noche, Clara estaba en su apartamento, mirando por la ventana cómo las luces de Madrid parpadeaban en la distancia. Había pasado todo el día intentando ordenar sus pensamientos, pero cada vez que creía haber llegado a una decisión, las dudas volvían a asaltarla. Marcos le había enviado un mensaje más temprano, pidiéndole verse al día siguiente. Había aceptado, aunque no estaba segura de lo que iba a decirle.

El sonido de su teléfono la sacó de su ensimismamiento. Era una videollamada de Sofía.

—¿A quién tenemos aquí, la reina de las dudas existenciales? —dijo Sofía con una sonrisa en cuanto Clara aceptó la llamada.

—No te burles, Sofía. Esto es complicado —respondió Clara, aunque no pudo evitar sonreír.

—Lo sé, lo sé. Por eso estoy aquí, con un vino en mano, lista para darte el empujón que necesitas. —Sofía levantó su copa frente a la cámara antes de añadir—: Dime, ¿qué es lo que realmente te detiene?

Clara suspiró, dejándose caer en el sofá. —No lo sé. Creo que es el miedo a cambiar todo lo que conozco. Mi trabajo, mi rutina, incluso a ti.

—Por favor, yo voy a estar aquí siempre. Además, no es como si te fueras a la luna. Es Barcelona, Clara. Podemos hablar por videollamada como ahora, y siempre puedo ir a visitarte. —Sofía la miró con seriedad—. Pero la pregunta más importante es: ¿cómo te sentirías si te quedaras y él se fuera?

Clara no respondió de inmediato. La idea de quedarse en Madrid mientras Marcos construía una nueva vida lejos de ella le resultaba insoportable. Finalmente, asintió lentamente.

—Tienes razón. No quiero quedarme aquí pensando en lo que pudo haber sido. Pero tampoco quiero dar un paso tan grande sin pensarlo bien.

—Ya lo has pensado bien, Clara. Solo estás buscando una excusa para no salir de tu zona de confort. —Sofía levantó la copa una vez más—. Mi consejo final: sigue tu corazón. Y, si te equivocas, siempre puedes volver. Pero al menos sabrás que lo intentaste.

Al día siguiente, Clara se encontró con Marcos en su café habitual. Él ya estaba allí, sentado junto a la ventana, con una taza de café en las manos y una expresión pensativa. Al verla, se levantó rápidamente, con esa sonrisa que siempre lograba calmarla.

—Hola —dijo él, señalando la silla frente a él—. ¿Cómo estás?

—Un poco nerviosa, para ser honesta —respondió Clara mientras se sentaba.

—Yo también —admitió Marcos, y por un momento, el silencio se instaló entre ellos.

Finalmente, Clara rompió el hielo. —He estado pensando mucho en lo que me dijiste. Sobre ir a Barcelona contigo.

Marcos la miró, expectante, pero no dijo nada, dándole espacio para continuar.

—Quiero hacerlo. —Clara tomó aire, sintiendo cómo las palabras fluían con naturalidad—. Quiero estar contigo, y quiero intentarlo. Sé que será un cambio grande, pero creo que valdrá la pena.

La sonrisa de Marcos se ensanchó, y por un momento pareció perdido por completo en su felicidad. —No sabes lo feliz que me haces al decir eso. Pero... ¿estás segura? No quiero que sientas que te estoy presionando.

Clara negó con la cabeza. —No es presión. Es decisión. Y quiero hacerlo porque creo en nosotros.

Marcos tomó su mano a través de la mesa, apretándola suavemente. —Gracias, Clara. Esto significa mucho para mí.

Ambos se miraron durante un largo momento, como si compartieran un entendimiento silencioso. Sabían que había retos por delante, pero también sabían que, juntos, podían enfrentarlos. Mientras terminaban sus cafés, el futuro dejó de sentirse incierto y comenzó a parecer lleno de posibilidades.

Capítulo 19: Despedidas y comienzos

El siguiente par de semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Clara y Marcos comenzaron a planear la mudanza a Barcelona con una mezcla de emoción y nervios. Clara había decidido tomarse un tiempo para encontrar un trabajo allá, confiando en que el cambio le daría la oportunidad de explorar nuevas posibilidades.

Pero mientras los días avanzaban, también llegaba el momento de despedirse. Una tarde, Clara entró en *La Vegana Feliz* para su último turno. La cafetería estaba tranquila, con solo un par de clientes leyendo o trabajando en sus portátiles. Sofía estaba detrás del mostrador, organizando la barra con una expresión que intentaba parecer despreocupada, pero que Clara conocía demasiado bien.

—Bueno, aquí estamos. El último día de la reina de los frappés —dijo Sofía con una sonrisa torcida.

Clara rió mientras se ponía el delantal. —No exageres. Solo soy la princesa de los frappés, y lo sabes.

Ambas rieron, pero mientras el turno avanzaba, el peso de la despedida se hizo evidente. Cuando el último cliente salió y el reloj marcó la hora de cerrar, Sofía se acercó a Clara con una bandeja en las manos.

—Te hice un café especial. Bueno, especial porque no sé si volveré a prepararte uno. —Sofía dejó la taza frente a Clara, sentándose en una silla frente a ella.

Clara tomó un sorbo y sonrió. —Sabe a despedida.

—Es que lo es. Pero, oye, no te pongas sentimental. ¿Quién necesita una cafetería cuando puedes explorar Barcelona y enamorarte aún más de tu chico? —Sofía le guiñó un ojo, pero sus palabras tenían un dejo de melancolía.

—Voy a extrañarte mucho, ¿lo sabes? —dijo Clara, dejando la taza y mirando a su amiga.

Sofía asintió, cruzándose de brazos. —Claro que lo sé. Pero esto no es un adiós definitivo. Es un “nos vemos pronto”. Y además, quién sabe, tal vez me anime a visitarte y me quede a vivir allá. Barcelona también tiene cafeterías, ¿no?

Clara rió, sintiéndose un poco más ligera. —Gracias, Sofía. Por todo.

Ambas se abrazaron, y aunque ninguna de las dos lloró, el momento quedó grabado como uno de esos que marcan el final de un capítulo y el comienzo de otro.

Esa noche, Clara volvió a su apartamento con una mezcla de emociones. La mayoría de sus cosas ya estaban empacadas, y el espacio vacío le recordaba que pronto dejaría atrás su vida en

Madrid. Pero también sentía una emoción creciente por lo que venía. Barcelona no solo sería un nuevo escenario, sino también una oportunidad para crecer junto a Marcos.

Él llegó poco después, con una bolsa de comida y una sonrisa en el rostro.

—¿Lista para la gran aventura? —preguntó mientras colocaba la comida sobre la mesa.

—Más lista de lo que pensaba. Aunque todavía tengo nervios. —Clara le devolvió la sonrisa, ayudándole a servir.

—Eso es normal. Pero, oye, recuerda que no tienes que hacerlo sola. Estamos en esto juntos. —Marcos la tomó de la mano, entrelazando sus dedos.

Mientras cenaban, hablaron de todo lo que querían hacer en su nueva ciudad: explorar los barrios, probar todos los restaurantes que pudieran y convertir su pequeño apartamento en un hogar. Y aunque sabían que los retos vendrían, esa noche todo parecía posible.

Cuando finalmente se recostaron en el sofá, Clara miró a Marcos y sintió que, por primera vez en mucho tiempo, estaba exactamente donde debía estar. No sabía qué les depararía el futuro, pero estaba segura de una cosa: estaban listos para enfrentarlo juntos.

Capítulo 20: La llegada a Barcelona

El tren se deslizaba suavemente por las vías mientras el paisaje cambiaba de los campos abiertos a las primeras señales urbanas de Barcelona. Clara miraba por la ventana, con el corazón dividido entre la emoción y el nerviosismo. Marcos estaba sentado a su lado, con su portátil abierto, revisando algunos documentos del trabajo, pero de vez en cuando le lanzaba una mirada cómplice que decía: *Todo va a salir bien*.

Cuando llegaron a la estación, el bullicio de la ciudad los envolvió de inmediato. Las maletas rodaban detrás de ellos mientras seguían las indicaciones para encontrar un taxi. Marcos parecía más tranquilo, pero Clara sabía que también sentía el peso de este nuevo comienzo.

—¿Lista? —preguntó Marcos mientras ayudaba a meter las maletas en el taxi.

Clara asintió, tomando aire. —Lista.

El trayecto hacia su nuevo apartamento fue breve. Estaba ubicado en un barrio tranquilo, con calles adoquinadas y balcones adornados con flores. Cuando llegaron, el edificio les dio una primera impresión encantadora, aunque algo antigua.

—Es aquí —dijo Marcos mientras abría la puerta del portal con una llave recién entregada por el casero.

Subieron las escaleras hasta el tercer piso, donde un pequeño apartamento de techos altos y ventanales amplios los esperaba. Al entrar, Clara dejó las maletas a un lado y recorrió el espacio con una mezcla de curiosidad y cautela. Era modesto, con un salón que se conectaba a la cocina y una única habitación que daba a un balcón.

—Es más pequeño de lo que imaginaba —comentó Clara, cruzándose de brazos.

—Sí, pero... mira esto. —Marcos abrió las puertas del balcón, dejando entrar una brisa fresca y la vista de una plaza tranquila, con niños jugando y personas disfrutando de la tarde.

Clara se acercó, y por primera vez desde que llegaron, se permitió sonreír de verdad. —Vale, esto es bonito.

El resto del día lo pasaron desempacando y organizando. Marcos, siempre práctico, se encargó de armar los muebles que habían encargado, mientras Clara intentaba dar toques personales al espacio: una planta aquí, unas velas allá. Para la cena, improvisaron con comida para llevar y un par de copas de vino, sentados en el suelo del salón.

—No está mal para nuestro primer día, ¿no? —preguntó Marcos, levantando su copa.

—Nada mal. Creo que podría acostumbrarme a esto —respondió Clara, chocando su copa con la de él.

Esa noche, mientras se acostaban en su nueva cama, Clara se dio cuenta de lo real que era todo. No era un simple cambio de ciudad; era un cambio de vida. Pero cuando Marcos la abrazó por detrás y murmuró un “buenas noches” en su oído, supo que no estaba sola en esta aventura. Juntos, lo harían funcionar.

Al día siguiente, Clara se despertó con la luz del sol colándose por las cortinas del balcón. Marcos ya no estaba en la cama, pero podía escuchar ruidos provenientes de la cocina. Se levantó despacio, todavía acostumbrándose a la disposición del nuevo apartamento, y al entrar en la cocina lo encontró con una sartén en la mano.

—Buenos días, chef. ¿Qué estás tramando? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta.

—Intento hacer unas tortillas decentes, pero esta sartén parece tener otros planes. —Marcos le mostró un intento de tortilla que, aunque comestible, distaba mucho de ser perfecta.

Clara rió y se acercó para mirar más de cerca. —Bueno, la intención es lo que cuenta. Pero creo que necesitamos renovar algunos utensilios si vamos a sobrevivir aquí.

—Está en mi lista. —Marcos le ofreció un plato con el resultado de su experimento culinario—. Por ahora, esto tendrá que bastar.

Ambos se sentaron en la pequeña mesa del comedor, improvisada con cajas que aún no habían desembalado. Mientras desayunaban, discutieron sus planes para el día.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —preguntó Marcos, tomando un sorbo de su café.

—Voy a explorar el barrio, ver qué tiendas hay cerca y tal vez buscar un par de librerías. Necesito algo de inspiración antes de empezar a buscar trabajo en serio. —Clara jugaba con el borde de su taza, algo nerviosa al mencionar el tema.

Marcos notó su tono y dejó su taza en la mesa. —No te pongas tanta presión. Tómate tu tiempo. No tienes que resolver todo en un día.

Clara asintió, agradecida por sus palabras. —Lo sé, pero siento que necesito encontrar algo pronto. No quiero depender de ti para todo.

—Clara, estamos juntos en esto. No es dependencia; es un equipo. —Marcos le sonrió con esa calidez que siempre lograba calmarla—. Además, sé que vas a encontrar algo increíble. Solo necesitas un poco de tiempo.

Esa tarde, Clara se aventuró por las calles de su nuevo barrio. Descubrió pequeñas cafeterías, tiendas de productos locales y una plaza con bancos que parecían perfectos para leer. Cuando entró en una librería con estanterías de madera oscura y olor a libros antiguos, sintió que había encontrado un pequeño refugio.

Mientras recorría los pasillos, un libro en particular llamó su atención. Era una edición desgastada de *Cumbres borrascosas*, una de sus novelas favoritas. Al acercarse a la caja para pagar, el librero, un hombre mayor con gafas redondas, le sonrió.

—Buena elección. Esa historia tiene un alma intensa.

—Sí, es de mis favoritas. —Clara devolvió la sonrisa, sintiéndose curiosamente en casa.

—Si te gustan los clásicos, tenemos un club de lectura aquí todos los miércoles. Quizá quieras pasarte. —El hombre le entregó un pequeño folleto con los detalles.

Clara agradeció la invitación y salió de la tienda sintiéndose un poco más conectada con su nuevo entorno. De camino a casa, se detuvo en la plaza, abrió su nueva adquisición y empezó a leer bajo la sombra de un árbol. Por primera vez en días, sintió que estaba exactamente donde debía estar.

Cuando regresó al apartamento esa noche, Marcos ya estaba en casa, sentado en el sofá con su portátil. Al verla, cerró la computadora y se levantó para saludarla.

—¿Cómo fue tu día? —preguntó, envolviéndola en un abrazo.

—Productivo. Descubrí una librería increíble y me invitaron a un club de lectura. —Clara sonrió mientras dejaba su bolso sobre la mesa.

—Eso suena genial. ¿Vas a ir?

—Creo que sí. Parece una buena forma de conocer gente y sentirme más integrada aquí. — Clara se sentó en el sofá, mirándolo con una mezcla de emoción y cansancio—. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu primer día completo en el trabajo?

Marcos se encogió de hombros. —Bien, aunque un poco caótico. Hay mucho que aprender, pero creo que será interesante.

Ambos compartieron los detalles de su día mientras cenaban, y aunque los desafíos apenas comenzaban, esa noche quedó claro que estaban listos para enfrentarlos juntos.

Al día siguiente, Clara decidió empezar a dar forma a su rutina. Aunque todavía no tenía trabajo, quería aprovechar su tiempo libre para organizar su nueva vida en Barcelona. Comenzó su día con una lista de cosas por hacer: buscar más oportunidades laborales, inscribirse en el club de lectura y explorar un poco más de la ciudad.

Marcos salió temprano para el trabajo, dándole un beso rápido antes de irse. Clara se quedó en la puerta por unos segundos, observándolo bajar las escaleras con su típica chaqueta de cuero y esa seguridad relajada que tanto admiraba.

La primera parada de Clara fue un pequeño café que había descubierto el día anterior. Mientras disfrutaba de un capuchino, revisó en su portátil los portales de empleo, apuntando algunas ofertas que parecían interesantes. La mayoría eran para editoriales locales o proyectos de corrección y redacción, nada espectacular, pero un buen punto de partida.

Justo cuando estaba por cerrar su portátil, recibió un mensaje. Era de Sofía.

Sofía: "¿Y bien? ¿Ya has convertido Barcelona en tu reino personal?"

Clara sonrió y respondió rápidamente:

Clara: "Todavía no, pero dame tiempo. ¿Cómo va todo por allí?"

Sofía: "Sin ti es aburrido. Aunque ayer llegó un cliente que dejó caer un smoothie encima de su portátil. Casi me da un ataque de risa pensando en Marcos."

Clara: "¡Por favor! No compares a Marcos con cualquiera. Él al menos intentaría arreglarlo."

Sofía respondió con un emoji de risa, y Clara sintió un pequeño alivio al saber que su amiga estaba a solo un mensaje de distancia.

Después de un rato, Clara se dirigió a la librería para inscribirse en el club de lectura. Al entrar, el librero de gafas redondas la reconoció al instante.

—Ah, volviste. Me alegra verte —dijo con una sonrisa cálida.

—Gracias. Quiero unirme al club de lectura, si todavía hay espacio.

—Siempre hay espacio para alguien que aprecia los clásicos. —El hombre le entregó un formulario para completar—. La próxima reunión es mañana por la tarde. Discutiremos *Anna Karenina*. ¿Te interesa?

Clara asintió, entusiasmada. —Me encanta esa novela. Estaré aquí.

Por la tarde, decidió explorar el Parque de la Ciudadela, uno de los lugares más recomendados por los guías que había leído. Llevó consigo el libro que había comprado y una manta pequeña. Se instaló bajo un árbol, disfrutando de la mezcla de turistas y locales que pasaban a su alrededor. Era un ambiente vibrante, pero al mismo tiempo relajante, y Clara se dio cuenta de que empezaba a sentirse realmente en casa.

Mientras leía, su móvil vibró. Era un mensaje de Marcos:

Marcos: "¿Cómo va tu día? Espero que estés conquistando la ciudad."

Clara: "Conquistando lentamente. Estoy en el Parque de la Ciudadela. Es precioso."

Marcos: "Me das envidia. Quizás podamos ir juntos este fin de semana."

Clara: "Suena perfecto. Ahora vuelve al trabajo, que me haces sentir culpable por estar aquí relajándome."

La respuesta de Marcos fue un emoji de risa, seguido de un corazón, y Clara no pudo evitar sonreír.

Esa noche, mientras cenaban juntos, Clara le contó sobre el club de lectura y su día en el parque. Marcos, por su parte, le habló de los desafíos que estaba enfrentando en su nuevo trabajo, pero también de las cosas que estaba disfrutando.

—¿Sabes? Creo que esta ciudad nos está tratando bien hasta ahora —dijo Clara mientras recogía los platos.

—Definitivamente. Aunque tengo que admitir que mi parte favorita sigue siendo volver a casa y verte aquí. —Marcos le guiñó un ojo, arrancándole una sonrisa.

Y así, entre pequeñas victorias y pasos inciertos, Clara y Marcos continuaban construyendo su vida en Barcelona, descubriendo que los cambios, aunque a veces aterradores, podían traer consigo algo realmente especial.

Capítulo 21: Nuevas rutinas

El miércoles por la tarde, Clara llegó puntual a la librería para su primera reunión del club de lectura. Llevaba su ejemplar de *Anna Karenina* bajo el brazo y una ligera sensación de nerviosismo en el pecho. No sabía qué esperar, pero estaba emocionada por conocer a otras personas con intereses similares.

Al entrar, el pequeño grupo ya estaba reunido alrededor de una mesa en la parte trasera de la librería. Había unas ocho personas, de diferentes edades y estilos. El librero la saludó desde su lugar al frente, donde dirigía la sesión.

—Clara, bienvenida. Siéntate, estamos a punto de empezar.

Clara ocupó un asiento vacío junto a una mujer de cabello rizado y gafas grandes, que le sonrió cálidamente.

—Hola, soy Paula —dijo la mujer, extendiendo la mano.

—Clara. Encantada —respondió, sintiéndose un poco más relajada.

La reunión comenzó con una breve introducción de cada participante y sus impresiones sobre la novela. Clara se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que disfrutaba escuchando las opiniones y reflexiones de los demás. Cuando llegó su turno, compartió cómo la complejidad de los personajes de Tolstói siempre la había fascinado, y su comentario fue recibido con asentimientos y murmullos de aprobación.

Después de casi dos horas de discusión, la reunión terminó con una invitación a un café cercano para seguir conversando. Clara dudó un momento antes de aceptar, pero la calidez de los otros miembros la convenció. En el café, las charlas se volvieron más informales, y Clara se encontró riendo y conectando con personas que apenas acababa de conocer.

—Me alegra que hayas venido. Este grupo necesitaba más gente que realmente entienda los clásicos —dijo Paula mientras recogían sus cosas para irse.

—Gracias. Creo que necesitaba esto tanto como el grupo me necesitaba a mí —respondió Clara, sonriendo.

Cuando llegó al apartamento esa noche, Marcos ya estaba en casa, sentado en el sofá con su portátil. Al verla entrar, cerró la computadora y se levantó para saludarla.

—¿Qué tal tu primera reunión? —preguntó, envolviéndola en un abrazo.

—Me encantó. Son personas muy interesantes, y fue genial hablar de literatura con alguien que realmente la disfruta. —Clara dejó su bolso y se dejó caer en el sofá—. ¿Tú cómo estás?

Marcos se encogió de hombros, sentándose a su lado. —Un poco cansado. El trabajo está siendo más intenso de lo que esperaba, pero creo que es cuestión de adaptarme.

—Seguro que lo harás. Eres bueno en lo que haces. —Clara le dio un apretón en la rodilla, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

Marcos la miró con una mezcla de gratitud y algo más que Clara no pudo identificar de inmediato. —¿Sabes? Me encanta verte así, tan animada. Creo que este cambio nos está sentando bien.

Clara asintió, sintiendo que sus palabras eran ciertas. A pesar de los miedos iniciales, ambos estaban encontrando su ritmo en la ciudad.

Los días siguientes continuaron con la misma energía. Marcos se sumergía en su trabajo mientras Clara empezaba a participar más activamente en el club de lectura y exploraba oportunidades en editoriales locales. Aunque no todo era perfecto, había una sensación constante de que estaban avanzando, juntos y por separado.

Un viernes por la noche, mientras cenaban en casa, Marcos sacó un sobre de su mochila y lo colocó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Clara, levantando una ceja.

—Entradas para un festival de cine que se celebra este fin de semana. Pensé que podríamos ir. Hay películas clásicas, charlas, y un par de directores interesantes. ¿Qué te parece?

Clara tomó el sobre y sonrió. —Me parece perfecto. Creo que vamos a necesitar palomitas gigantes.

Ambos rieron, y mientras planeaban el fin de semana, Clara sintió que, aunque todavía había retos por delante, estaban en el camino correcto. Barcelona no solo estaba convirtiéndose en su nuevo hogar, sino también en el lugar donde estaban construyendo algo más grande que ellos mismos.

Capítulo 22: Primeros retos

El sábado por la mañana, Clara y Marcos llegaron al festival de cine con una mezcla de entusiasmo y curiosidad. El ambiente estaba lleno de energía, con carteles de películas clásicas, puestos de comida y pequeños grupos de personas discutiendo animadamente sobre sus filmes favoritos. Marcos parecía en su elemento, señalando directores y títulos que Clara apenas reconocía, pero que disfrutaba escuchar.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —preguntó Clara mientras caminaban hacia la primera sala.

—Mi padre era un cinéfilo empedernido. Crecí viendo películas antiguas con él los fines de semana. Supongo que algo se me quedó. —Marcos sonrió, nostálgico.

Clara sintió un pequeño nudo en el pecho al escuchar el tono melancólico de su voz. Sabía que la relación de Marcos con su padre había sido complicada, pero parecía que esos recuerdos eran de los pocos momentos buenos que compartían.

—Bueno, espero que estés listo para impresionarme con todos esos conocimientos —bromeó ella, tratando de aligerar el momento.

Marcos rió y la tomó de la mano. —Prepárate, porque te voy a convertir en una experta.

La primera película que vieron fue un clásico francés en blanco y negro. Clara no entendió todos los matices, pero disfrutó del ambiente de la sala y de las pequeñas explicaciones que Marcos le daba en voz baja. Sin embargo, a medida que avanzaba el día, notó que algo en él parecía diferente. Estaba más callado de lo habitual, y aunque sonreía, había una tensión en su mandíbula que no podía ignorar.

Después de la tercera película, Clara decidió abordarlo mientras tomaban un café en uno de los puestos del festival.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándolo con atención.

Marcos vaciló antes de responder, jugueteando con la taza en sus manos. —Es el trabajo. Ha sido más complicado de lo que esperaba, y siento que no estoy cumpliendo con las expectativas.

Clara frunció el ceño, sorprendida. —¿Por qué dices eso? Sabía que era un reto, pero pensé que lo estabas manejando bien.

—Es lo que intento hacer parecer —admitió Marcos, suspirando—. Pero hay días en los que siento que me estoy ahogando. Todo es nuevo, y aunque sé que tengo la capacidad, parece que siempre estoy un paso atrás.

Clara extendió la mano para tomar la suya, apretándola suavemente. —Marcos, es normal

sentirse así en un trabajo nuevo. Y si alguien puede superar eso, eres tú. Eres brillante, y lo sabes. Solo necesitas darte tiempo para adaptarte.

Marcos la miró, con algo de alivio en sus ojos. —Gracias. No quería soltar todo esto, pero necesitaba sacarlo de mi cabeza.

—Siempre puedes hacerlo. Estoy aquí para escucharte, incluso si se trata de cables enredados o jefes insoportables. —Clara le sonrió, y Marcos finalmente dejó escapar una pequeña risa.

Por la noche, mientras volvían a casa después de un día agotador pero lleno de momentos memorables, Clara se dio cuenta de que ambos estaban enfrentando sus propios desafíos. Ella, tratando de encontrar su lugar en una nueva ciudad, y Marcos, lidiando con la presión de demostrar su valía. Pero había algo en lo que ambos coincidían: estaban dispuestos a apoyarse mutuamente en cada paso del camino.

Cuando llegaron al apartamento, se acomodaron en el sofá con una manta y un cuenco de palomitas. Marcos encendió una película ligera, y mientras las luces de la pantalla iluminaban la sala, Clara pensó que, a pesar de las dificultades, estaban aprendiendo a navegar esta nueva etapa juntos.

Capítulo 23: Momentos de luz

El fin de semana llegó con una promesa de desconexión. Clara y Marcos, agotados por las rutinas de la ciudad y los retos de sus nuevas vidas en Barcelona, decidieron tomarse un respiro. Habían reservado una pequeña escapada a un pueblo costero en la Costa Brava, un lugar tranquilo donde las montañas se encontraban con el mar y el tiempo parecía detenerse.

Salieron temprano el sábado, con mochilas ligeras y una mezcla de entusiasmo y calma. Durante el trayecto en tren, Clara se dedicó a observar el paisaje que se deslizaba por la ventana: campos verdes, pequeños pueblos y, finalmente, el azul infinito del Mediterráneo. Marcos, por su parte, tenía una mano sobre la de Clara, un gesto silencioso que hablaba de la necesidad de reconectar.

Cuando llegaron, fueron recibidos por un aire salado y una brisa suave. Las calles empedradas del pueblo estaban flanqueadas por casas blancas con persianas azules, y las buganvillas trepaban por las fachadas, añadiendo pinceladas de color al paisaje.

—Esto es perfecto —dijo Marcos, respirando profundamente mientras observaba las olas romper contra las rocas.

—Es como si todo aquí estuviera diseñado para hacerte olvidar el mundo real —respondió Clara, sonriendo mientras ajustaba su sombrero para protegerse del sol.

Decidieron pasar la mañana explorando el pueblo. Se detuvieron en una pequeña panadería que desprendía un aroma irresistible, donde compraron pan recién horneado, queso local y un tarro de miel para un picnic. Luego, encontraron un mercado artesanal en la plaza principal, donde Clara no pudo resistirse a comprar un par de cerámicas pintadas a mano.

—¿Dónde planeas meter eso en el apartamento? —preguntó Marcos con una sonrisa, mientras cargaba las bolsas.

—Ya encontraré un lugar. Y si no, siempre puedo usarlas para decorar la mesa. —Clara le guiñó un ojo.

Cerca del mediodía, llegaron a una playa escondida, recomendada por un vendedor en el mercado. Era un rincón apartado, rodeado de acantilados, donde el agua era cristalina y apenas había unas pocas personas. Extendieron una manta sobre la arena y desempacaron su comida, disfrutando del sonido de las olas y la tranquilidad que solo un lugar así podía ofrecer.

—¿Sabes? Esto me recuerda a los veranos de mi infancia —dijo Marcos mientras untaba un pedazo de pan con miel—. Mi familia solía ir a una playa similar. Aunque, claro, yo siempre acababa cubierto de arena y con quemaduras de sol.

Clara rió, imaginándolo como un niño revoltoso. —¿Eras de los que se construían castillos

o de los que los destruían?

—Depende del día. —Marcos sonrió—. ¿Y tú? ¿Muchos veranos en la playa?

—Algunos. Aunque creo que disfrutaba más el campo. Pasaba las tardes leyendo bajo los árboles mientras mi madre cuidaba del jardín. Supongo que siempre fui un poco más tranquila. —Clara se encogió de hombros, pero su expresión era nostálgica.

—Tranquila, pero aventurera. —Marcos la miró con ternura—. Al menos lo suficiente para mudarte a otra ciudad conmigo.

Clara se sonrojó, pero no respondió. En cambio, se recostó en la manta, mirando el cielo despejado.

Por la tarde, decidieron caminar por un sendero que los llevó a un mirador en lo alto de un acantilado. Desde allí, el mar parecía infinito, y la vista les quitó el aliento. Clara tomó varias fotos, pero sabía que ninguna capturaría la sensación de estar allí.

—Gracias por esto —dijo finalmente, girándose hacia Marcos—. Creo que necesitábamos este momento.

—Yo también lo creo. —Marcos la abrazó por detrás, apoyando su barbilla en su hombro—. A veces olvidamos lo importante que es simplemente detenernos y respirar.

Se quedaron en silencio, disfrutando del momento y del sonido del mar rompiendo contra las rocas. En ese instante, el mundo parecía sencillo, como si todo lo complicado se hubiera quedado atrás.

Cuando regresaron al pueblo al anochecer, encontraron un pequeño restaurante junto al puerto. La cena, con pescado fresco y vino local, fue el broche perfecto para un día que ambos sabían que recordarían siempre.

Esa noche, mientras se recostaban en la cama del pequeño hostel donde se alojaban, Clara tomó la mano de Marcos y susurró:

—Gracias por traerme aquí.

—Gracias por venir conmigo. —Marcos besó suavemente su frente—. Te prometo que habrá más momentos como este.

Clara cerró los ojos, sintiendo que, por primera vez en semanas, estaba completamente en paz.

Capítulo 24: Un giro inesperado

La semana siguiente a su escapada, Clara volvió a su rutina en Barcelona con un renovado sentido de calma. Los días parecían fluir con más facilidad: las reuniones del club de lectura, las caminatas por el barrio y sus esfuerzos por encontrar un trabajo se habían convertido en un ritmo que la hacía sentir más conectada con su nueva vida.

Una tarde, mientras revisaba correos en su portátil, algo llamó su atención. Un mensaje con el asunto: "**Propuesta de colaboración – Editorial Literaria**". Al abrirlo, descubrió que la editorial local con la que había enviado una muestra de escritura semanas atrás estaba interesada en reunirse con ella para discutir un proyecto.

—¿Esto es real? —murmuró Clara para sí misma, leyendo el mensaje por segunda vez.

Inmediatamente, le escribió a Marcos:

Clara: "¡Noticias emocionantes! Una editorial quiere reunirse conmigo por un proyecto. Parece que mi taller de escritura está dando frutos."

La respuesta llegó casi al instante:

Marcos: "¡Eso es increíble! Estoy tan orgulloso de ti. ¿Cuándo es la reunión?"

Clara: "El jueves por la mañana. Ya estoy nerviosa."

Marcos: "Vas a hacerlo genial. ¿Cenamos para celebrarlo hoy?"

Clara: "¡Por supuesto! Tú eliges el lugar."

Esa noche, mientras cenaban en un pequeño restaurante italiano, Marcos no dejaba de felicitar a Clara.

—Sabía que algo como esto llegaría tarde o temprano. Eres demasiado talentosa para que nadie lo note.

—Gracias. Pero aún no sé si será algo grande. Solo es una reunión —respondió Clara, tratando de mantener la emoción bajo control.

—Eso no importa. Lo importante es que alguien vio tu potencial. Y, pase lo que pase, ya es un paso adelante. —Marcos tomó su mano sobre la mesa, sonriendo con calidez.

Clara sintió cómo sus miedos empezaban a desvanecerse. Tener a Marcos a su lado hacía que incluso los retos más grandes parecieran manejables.

El jueves llegó más rápido de lo esperado. Clara se presentó en la editorial con su carpeta llena de notas y ejemplos de su trabajo. Fue recibida por una editora llamada Laura, una mujer joven pero segura, que parecía tener un ojo agudo para el talento.

—Gracias por venir, Clara. He leído tus textos, y creo que tienes una voz muy interesante. —Laura le indicó que se sentara mientras continuaba—. Estamos buscando a alguien para colaborar en un proyecto de cuentos ilustrados. ¿Te interesaría?

Clara sintió una mezcla de sorpresa y entusiasmo. —¡Por supuesto! Me encantaría saber más.

La reunión transcurrió en un ambiente relajado pero profesional. Laura le explicó los detalles del proyecto, que consistía en escribir historias breves que acompañarían las ilustraciones de un artista local. Aunque era algo diferente a lo que Clara había hecho antes, la idea le resultó atractiva.

Al salir de la reunión, Clara tenía una sonrisa en el rostro y un contrato preliminar en su bolso. Era un pequeño paso, pero también era el inicio de algo que podría convertirse en mucho más.

Esa noche, Clara y Marcos celebraron con una cena casera en el apartamento. Marcos había preparado una pasta con salsa al pesto que, aunque sencilla, sabía deliciosa bajo la luz suave de las velas que Clara había encendido.

—Así que ahora eres una escritora profesional —dijo Marcos mientras brindaban con copas de vino.

—No sé si llamarme profesional todavía, pero... sí, estoy emocionada. —Clara sonrió, sintiendo que, poco a poco, las piezas empezaban a encajar.

—Estoy seguro de que esto es solo el principio. —Marcos se inclinó para besarla—. Sabía que Barcelona sería buena para nosotros.

Clara asintió, sintiendo que las palabras de Marcos eran más ciertas que nunca. Su nueva vida estaba tomando forma, y lo mejor de todo era que no la estaba construyendo sola. Estaban juntos en esto, y eso lo hacía todo más especial.

Capítulo 25: La fuerza del equipo

Los días siguientes estuvieron llenos de movimiento. Clara empezó a trabajar en el proyecto de la editorial, dividiendo su tiempo entre la escritura y reuniones con el ilustrador. Aunque era un desafío adaptarse a un ritmo creativo profesional, disfrutaba cada momento. Marcos, por su parte, seguía enfrentándose a la presión en su nuevo trabajo, pero encontraba en Clara un refugio que hacía que todo pareciera menos pesado.

Una noche, después de cenar, Clara lo encontró sentado en el balcón, mirando las luces de la ciudad mientras jugaba con una taza de té en las manos.

—¿Todo bien? —preguntó, sentándose a su lado.

Marcos asintió, aunque su expresión decía otra cosa. —Sí, solo pensaba en cómo han cambiado las cosas desde que llegamos aquí.

Clara lo miró con atención. —¿Para bien o para mal?

—Para bien, definitivamente. Pero a veces siento que estoy tirando de demasiados hilos y que, si no tengo cuidado, todo se desmoronará. —Marcos suspiró, apoyándose en el respaldo de la silla—. Quiero que esta oportunidad funcione, pero no quiero perder lo que tenemos por el camino.

Clara tomó su mano, entrelazando sus dedos. —No lo vas a perder. Estamos en esto juntos, ¿recuerdas? Y si necesitas ayuda, solo tienes que pedírmela.

Marcos sonrió, apretando su mano suavemente. —Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente estarías enredado con cables en alguna oficina —bromeó Clara, arrancándole una carcajada.

El humor ligero alivió la tensión del momento, y ambos permanecieron en el balcón un rato más, disfrutando del aire fresco y del confort de la compañía mutua.

La semana siguiente trajo una noticia inesperada para Marcos. Su jefe, impresionado por un proyecto que había presentado, le ofreció liderar un nuevo equipo. Aunque era un gran reconocimiento, también implicaba más responsabilidad y horas de trabajo.

Esa noche, cuando se lo contó a Clara, sus emociones estaban mezcladas.

—Estoy emocionado, pero también asustado. No quiero que esto signifique menos tiempo contigo —admitió mientras cenaban.

Clara, que estaba revisando algunas notas de su proyecto, dejó todo a un lado y lo miró. —Marcos, estoy orgullosa de ti. Sé que puedes manejarlo, y estoy aquí para apoyarte. Pero... —

Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. También quiero que recuerdes que no tienes que hacerlo todo perfecto. A veces, ser humano es suficiente.

Marcos la miró, conmovido. —¿Cómo es que siempre dices lo que necesito escuchar?

Clara sonrió. —Es mi superpoder.

El fin de semana, decidieron tomarse un descanso de todo. Pasaron el sábado recorriendo un mercado local, donde Clara encontró más cerámicas para su creciente colección, y Marcos se obsesionó con una tienda de gadgets tecnológicos. Por la tarde, fueron a un parque cercano, donde se sentaron en el césped con un picnic improvisado.

—¿Sabes? Creo que estamos empezando a encontrar nuestro equilibrio —dijo Clara mientras miraba el cielo.

—Sí. Y me gusta cómo se siente. —Marcos se recostó junto a ella, tomando su mano.

Clara se giró para mirarlo, sintiendo una oleada de gratitud por todo lo que estaban construyendo juntos. Barcelona había sido un salto al vacío, pero ahora parecía que ese salto los había llevado exactamente donde necesitaban estar.

Y mientras el sol comenzaba a ocultarse tras los edificios, Clara supo que, aunque los retos continuarían, lo que tenían era más fuerte que cualquier obstáculo. Porque lo estaban construyendo juntos, un día a la vez.

Capítulo 26: Un nuevo comienzo

La primavera llegó a Barcelona con una explosión de colores y días largos llenos de luz. Clara y Marcos habían pasado los últimos meses encontrando su ritmo, enfrentando retos y celebrando pequeñas victorias juntos. Pero este día era especial. Ambos lo sentían.

Clara se encontraba frente al espejo del baño, ajustándose un par de pendientes mientras revisaba mentalmente su discurso. Esa tarde, su primer proyecto con la editorial sería presentado en un evento literario. Aunque estaba nerviosa, había una emoción subyacente que la impulsaba.

—¿Lista para conquistar el mundo? —preguntó Marcos, apareciendo en la puerta con su sonrisa característica.

—Más o menos. Aunque preferiría conquistar solo a los que vayan al evento. —Clara intentó bromear, pero la expresión de orgullo en el rostro de Marcos la calmó.

—Ya los tienes conquistados. Confía en mí. —Marcos le dio un beso en la frente antes de añadir—: Además, soy tu fan número uno, y eso ya es mucho.

Clara rió, agradecida por su apoyo incondicional.

El evento se llevó a cabo en un pequeño pero elegante salón en el centro de la ciudad. Había un ambiente acogedor, con estanterías llenas de libros y luces cálidas que daban al lugar un aire mágico. Clara pasó la mayor parte del tiempo charlando con asistentes, recibiendo felicitaciones por el libro y hablando del proceso creativo detrás de las historias.

En un momento, mientras conversaba con Laura, la editora que le había dado la oportunidad, Marcos apareció con dos copas de vino. Al entregarle una a Clara, sus ojos brillaban con orgullo.

—Esto es solo el comienzo —le susurró al oído.

Clara se giró hacia él, sintiendo un nudo en la garganta. —Gracias por creer en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

Marcos negó con la cabeza. —Tú lo hiciste todo. Yo solo tuve el mejor asiento para verte brillar.

Esa noche, después del evento, Clara y Marcos regresaron al apartamento. Estaban cansados, pero también llenos de una energía difícil de describir. Marcos encendió un par de velas mientras Clara se deshacía de sus tacones.

—Tengo una idea loca —dijo él de repente.

—¿Qué tan loca? —preguntó Clara, arqueando una ceja.

Marcos se acercó, tomando sus manos. —¿Qué tal si buscamos un lugar más grande? Algo que podamos construir realmente juntos. Este apartamento nos ha dado mucho, pero creo que es hora de dar otro salto.

Clara lo miró, sorprendida, pero emocionada al mismo tiempo. —¿Un lugar que sea completamente nuestro?

—Exacto. —Marcos sonrió—. Podemos decorarlo con todas tus cerámicas y mis gadgets. Prometo no invadir demasiado espacio.

Clara rió, asintiendo. —Me encanta la idea. Hagámoslo.

El resto de la noche lo pasaron hablando de cómo sería ese nuevo lugar, imaginando paredes llenas de libros y una terraza para ver las estrellas. Y aunque no tenían todos los detalles resueltos, sabían que lo construirían juntos.

Un mes después, Clara y Marcos estaban de pie frente a un apartamento nuevo, con cajas y muebles listos para ser desempacados. Mientras abrían la puerta por primera vez, Clara miró a Marcos y le dio un suave apretón en la mano.

—¿Lista para otro comienzo? —preguntó él, sonriendo.

—Lista. —Clara sonrió de vuelta, sabiendo que, aunque el camino nunca sería perfecto, lo recorrerían juntos.

Y con eso, cruzaron el umbral, listos para escribir el siguiente capítulo de su historia. Juntos.

Fin

Agradecimiento

¡Muchas gracias por haber llegado hasta aquí! Como ya dije en *Mi misión*, mi objetivo no es otro sino hacerte pasar a ti, lector o lectora, un buen rato; mitigar la molestia de tener que lidiar con los problemas del día a día y que la vida sea un pelín (por poco que sea) más bonita. Si lo he logrado, me doy por satisfecha.

Si estás interesado o interesada en leer alguna de mis otras novelas o relatos, los encontrarás todos en Amazon. ¡Muchas gracias de nuevo y que tengas una futura feliz lectura!